

Mi vida
con los
Dubois



Ariadna Baker

Mi vida
con los
Dubois

Ariadna Baker

Primera edición.

Mi vida con los Dubois

©Ariadna Baker.

©Septiembre, 2022.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Agradecimientos

A Sarah Rusell...

Gracias por estar a mi lado todos estos años, sin ti, nada hubiera sido lo mismo.

A Carlota Manzano...

Gracias por estar ahí de manera incondicional, eres un gran hallazgo en mi vida.

A Jenny Del...

Sabes que la vida sin ti sería menos bonita.

A Janis Sandgrouse...

Eres esa chispa que todo el mundo necesita en su vida.

A Alma Fernández...

Siempre que tú estás sonriente, me sacas millones de sonrisas.

Chicas, os quiero. No me faltéis nunca.

Capítulo 1



Capítulo 1



Junio 1980

No conseguía reprimir las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas mientras observaba por la ventanilla del autocar como me iba alejando de Toulouse, mi ciudad natal, esa que a partir de ahora tenía que dejar atrás para comenzar una nueva vida en París.

Hacía un mes mi vida se había desvanecido por completo...

Vivía felizmente en casa de mis padres hasta que, el mismo día en el que yo cumplía mis veintiún años, sucedió una tragedia mientras estaba haciendo unas gestiones en la calle. Mi casa salió ardiendo, y, el fuego no solo arrasó con ella también lo hizo con mis padres.

No recuerdo un dolor más grande que el que yo sentí ese día y los posteriores. Estaba desolada, como si me hubieran arrancado la piel, dolía muchísimo la crueldad con la que mis padres se tuvieron que despedir de la vida. Me destrozaba pensar cuanto sufrimiento tuvieron que pasar en esos momentos.

Me quedé sin nada, además, no teníamos un seguro de la casa dado que vivíamos con lo justo, por lo que, solo me quedó un trozo de tierra en el que no podía construir nada ya que no tenía ni dinero ni trabajo.

Por suerte, el cura me dio cobijo en la iglesia, y, dos semanas después me propuso un cambio: yo les entregaba el trozo de tierra y ellos me conseguían un trabajo de interna en París y me pagaban el pasaje. Acepté sin dudarlo, no tenía nada y eso para mí era mucho.

Mis padres eran de Nantes, pero se vinieron a Toulouse unos meses antes de yo venir al mundo.

Siempre me contaron que su relación no fue aceptada por ninguna de las dos familias y, por eso, decidieron poner tierra de por medio, venirse aquí e instalarse para rehacer sus vidas. Nunca me hablaban de ellos, era algo que tampoco me atrevía a preguntar porque pensaba que les hacía mucho daño, al fin y al cabo, eran sus familiares, por mucho que no los vieran y que no los hubieran apoyado.

Mis padres eran la noche y el día, él muy serio y rotundo, ella muy bromista e inocente, pese a sus cincuenta años.

Mi madre se lo comía a besos y abrazos, él era muy frío y no le respondía, pero no por eso, ella nunca dejaba de hacerlo.

Con mi madre me solía abrazar varias veces al día, con mi padre jamás recuerdo un abrazo, solo besos fríos y porque el momento lo requería, pero,

no por eso no lo quería, todo lo contrario, amaba a los dos con todo mi corazón y entendía que él era una persona que era como un bloque de hielo, pero no por eso, significara que no tuviera corazón. Siempre estuvo ahí y nunca nos falló en ningún sentido.

Me era difícil encontrarme en esta situación, sola y con terribles miedos a lo que la vida me depararía y es que, cuando pasa algo así, te das cuenta lo importantes que son esas personas que guían tu vida, esas que tan injustamente me habían arrebatado.

Y ahora me esperaba una nueva vida en París, allí, en la capital, esa que me daba mucho respeto a pesar de ser mi país, pero era la gran ciudad, la madre de todas las ciudades, donde más habitantes había.

No sabía nada de la familia a la que iba a servir, ni su historia, nada, lo que sí sabía es que me estaban esperando.

Fueron muchas horas de autobuses ya que tuve que cambiar un par de veces, pero por fin, a las nueve de la mañana estaba pasando por esa Torre Eiffel que me impresionó al verla ahí tan voluminosa.

Me bajé y cogí mi maleta, tenía pocas cosas, ropa que me donaron en la iglesia cuando lo perdí todo.

Otro autobús me llevo directa a la calle que aparecía en la nota que me habían dado.

Me paré ante la puerta, estaba en uno de los barrios más importantes y lujosos de la ciudad, Le Marais.

Las puertas eran grandes, de madera, en medio de una fachada que era impresionante de lo bonita que lucía. Llamé tocando con la mano de bronce que había en una de ellas.

Me abrió una señora del servicio vestida con su vestido negro y delantal blanco.

—Buenos días, debes de ser Emma.

—Sí, buenos días.

—Yo soy Camille, pasa —dijo sonriente. Debía de tener como sesenta años, pero se la veía muy jovial—. No hay nadie, los señores están con su hijo en una visita al doctor.

—¿Se encuentran bien?

—Sí, tranquila, solo es que la señora Chloé tiene demencia avanzada, han ido a una revisión, pero poco se puede hacer por ella, ya perdió la cabeza hace muchos años y no es consciente de la realidad, le dices algo y en nada te lo vuelve a preguntar, no sabe ni quienes somos. Hay que tenerle paciencia.

—Claro —mi tono sonó triste.

—Su marido, el señor Nathan tiene el cielo ganado, la cuida muchísimo y siempre está pendiente de ella, al igual que su hijo Jules, que la adora, además, es muy divertido y siempre le pone humor a todo.

—¿Tienen más hijos? —pregunté mientras la seguía hasta la que iba a ser mi habitación.

—No, además a Jules lo adoptaron cuando tenía unos meses, él es conocedor de su historia. Ni que decir tiene que los lazos sanguíneos no hacen la familia, lo hace la lealtad y el amor que se brindan mutuamente.

—Claro, no cabe duda.

—No te será difícil adaptarte.

—Intentaré estar a la altura, usted me dice lo que debo limpiar, hacer para comer y demás, que yo me pongo rápido, y, si algo no le gusta me lo dice que yo lo vuelvo a hacer.

—¿Vienes a quitarme el trabajo? —preguntó con un carraspeo que parecía bromeando.

—No, ¿por qué piensa eso? —puse cara de tristeza.

—Estás diciendo de hacer lo que a mí me corresponde, creo que no te explicaron bien. Tu trabajo consiste en hacer los recados de la casa.

—Ah, pero también puedo ayudar a limpiar y cocinar que no me importa.

—Tranquila, con que me traigas todo lo que vaya necesitando, estoy más que feliz. Y, otra cosa, puedes tutearme, que me haces mayor si me hablas de usted —me dijo con una sonrisa.

—Vale.

—Te dejo para que coloques tus cosas y descanses un poco, el viaje fue largo.

—Pero puedo comenzar ya a trabajar.

—Duerme un rato, luego te veo en la cocina. Comienzas mañana —me hizo un guiño y me dejó en la habitación.

Y yo que creía que iba a estar encerrada en la casa dedicándome a los quehaceres, eso de ser la chica de los recados me gustaba y, aunque me imponía mucho la ciudad, estaba segura de que eso de salir a hacer las cosas me iba a venir muy bien.

Me acordé de mis padres, habían luchado tanto para que terminase la carrera de enfermería, de la que solo me faltaba un año, que, ahora, si viesen como estaba todo, se les hubiera partido el alma, pero yo no me podía permitir seguir estudiando cuando no tenía ni siquiera un techo.

Coloqué mis cosas con una añoranza y tristeza que me invadían por completo y es que, lo había perdido todo, no me quedaba nada, era como si hubiera vuelto a nacer en otro lugar, siendo adulta y en un entorno muy diferente. Todo era muy difícil de digerir, pero estaba completamente segura de que poco a poco me iría adaptando a mi nueva vida.

Me di una ducha en el baño que había para el servicio y que me había enseñado Camille, el resto de la casa no la había visto pero si me había dado cuenta de que era grande, señorial y todo estaba impecable.

Parecía un museo, pero sin cargar mucho.

Regresé a la habitación y me metí en la cama, la verdad es que había viajado mucho y estaba agotada, en el autocar era imposible descansar, no había forma de coger una buena postura.

Escuché unos pasos por el pasillo, pero no me parecieron los de Camille, eran como zapatos de hombre, no era un tacón ni nada parecido.

Seguramente que ya habían llegado Jules o los señores, a los que más tarde conocería.

Cerré los ojos y comencé a imaginar el mar, eso me relajaba mucho a pesar de que nunca había ido a la playa, ese era mi sueño, darme un baño o pasear por la orilla. Debía de ser una sensación de lo más placentera.

Pero no, a pesar del cansancio, me era imposible dormir, era por la mañana, en una casa nueva, por más que lo intentaba no podía.

Capítulo 2



Capítulo 2



Junio 1980

No sé en qué momento cogí el sueño, pero lo había conseguido.

Miré el reloj que había en la mesita de noche y eran las dos de la tarde.

Me dirigí hacia la entrada de la casa donde estaba la cocina y allí vi a Camille con la que debía de ser Chloé.

—Buenas tardes —murmuré con una media sonrisa.

—Buenas tardes, Emma —después de saludarme miró a Chloé —Ella es la nueva chica de los recados.

—Dile que ya se puede ir porque no necesito hoy nada, que mañana regrese a la casa por si acaso se me ocurriese algo.

—Emma vive aquí —le respondió sonriendo.

—¿Con qué permiso? —preguntó, pero en tono dulce, me daba mucha tristeza ver a esa mujer de esa manera.

—Con el de su marido e hijo.

—No tengo marido, ni tengo hijo, solo muchos pretendientes que asoman por la casa para conquistarme, pero yo ya estoy muy mayor para eso —me miró —¿Cómo te llamas? —me preguntó, olvidándose que unos momentos antes Camille me había saludado por mi nombre.

—Emma, señora Chloé —sonreí.

—Un nombre bonito, sí señor —decía afirmando y doblando los labios —Mira, mi pretendiente ya llegó.

Me giré y me di cuenta de que debía ser el señor Nathan.

—Buenas tardes, señor Nathan —sonreí —Soy Emma —le extendí la mano.

—Hola, Emma. Un placer tenerte en casa.

—Ni se te ocurra cortejarla —le avisó Chloé señalándole con el dedo.

—No osaría a eso —carraspeó mirándola. Se veía buena persona.

—Huele que alimenta —se escuchó una voz por detrás y me giré.

Vi al que sabía que era Jules, lo que no me esperaba es que fuese un joven apuesto y tan guapo como él, eso sí divertido, se le notaba en la cara, mira que el padre tenía su punto de simpatía, pero se le veía una persona seria.

—Buenas tardes, soy Emma —murmuré ruborizada.

—Es la chica que se hará cargo de los recados.

—Papá, al que decidió enviarla hay que mandarle una caja de buen vino —dijo mirándome de arriba abajo, con todo su descaro, sin perder esa media sonrisa.

—Hijo, pórtate —carraspeó.

—¿Qué le pasa a este cretino? —preguntó Camille sacándonos una risa a todos hasta a la propia Chloé.

—A mí nada —me seguía mirando —Por cierto, me llamo Jules, para ti, Ju.

Me reí con ese comentario y más que nada por la forma en la que lo dijo.

—Vamos a sentarnos a comer —murmuró Camille en modo reprimenda mirando a Jules.

—Yo al lado de Emma que quiero ir conociendo a la que se encargará de hacernos los recados —se sentó a mi lado y yo estaba roja como un tomate.

—¿Este hombre de dónde salió? —le preguntó Chloé a Nathan y a mí me pareció adorable.

—Es tu hijo —carraspeó.

—¿Mi hijo? ¿Y para qué quiero yo un hijo?

—Mamá, tranquila que ya me limpio el culo solo y no hay que darme de comer.

—Bueno, eso de que no hay que darte de comer —murmuró Camille sacando una risa en todos menos en Chloé, que lo miraba aún sin tener muy claro que ese chico fuera su hijo.

—¿Y la alegría de tener en la mesa a un hombre con esta planta? —se miró a él mismo.

—Come, anda, come —lo miró con cara de pocos amigos, pero siempre bromeando.

Tras la comida la señora se fue a descansar a su habitación con su marido y yo me quedé con Camille en la cocina mientras recogía y yo la ayudaba, pese a sus riñas de que me sentase, pero como le dije, estaba acostumbrada a ayudar en casa y no valía para quedarme mirando.

Jules apareció de nuevo, había ido a su habitación a cambiarse de ropa y ponerse cómodo, apareció con un pantalón de algodón y una camiseta

blanca.

—Aquí está lo más bonito de la casa —dijo apareciendo por la cocina y Camille se resignó. Me eché a reír —¿Quién me hace un cafelito?

—Yo te lo hago mientras ella termina de fregar los platos.

—¿Qué pasa que no tienes manos? —le recriminó como siempre en broma.

—Claro, pero las uso para la contabilidad de las propiedades —se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

Camille me había estado explicando que Nathan tenía varias propiedades en París arrendadas y vivían de eso. Por lo visto tenían ahí una mina de oro que los libraba de trabajar y les hacía tener una vida de lo más cómoda.

Jules llevaba el tema de cobros y gestiones, así como la contabilidad de todo.

Era una familia bonita, divertida y muy unida, con la única dificultad de que la señora tenía demencia, pero era de lo más adorable y Camille me dijo que siempre había sido una gran mujer.

—Así que mañana comienzas a hacer gestiones y compras.

—Sí —contesté poniéndole el café sobre la mesa.

—Me iré contigo, te haré de guía para enseñarte los lugares a los que deberás de ir para según qué cosas.

—¿Seguro?

—Contigo me iría al fin del mundo.

—¡Jules! —le riñó Camille.

—Encima de que intento ser amable —protestó aguantando la sonrisilla.

—Que te conozco...

—Vaya, ahora resulta que no voy a poder ser ni buena persona.

—Sí, buena persona sí, pero no te las gastes así con la chiquilla.

—Tranquila —murmuré sonriendo —estoy acostumbrada de la universidad.

—¿Estudiabas?

—Sí, me faltaba un año para terminarla antes del suceso.

—¿Qué pasó?

—Pues la casa de mis padres... —les conté la historia y a Jules se le cambió la cara y a Camille se le escaparon algunas que otras lágrimas.

—Siento mucho lo que te sucedió —Camille se acercó y me dio un beso en la mejilla y me la acarició con mucho cariño.

—Gracias.

—No sé qué decir —murmuró Jules mirándome con tristeza, se le habían quitado todas las ganas de bromas.

—Tranquilos, no os preocupéis, el venir aquí y tener trabajo para mí fue como si me salvaran la vida.

—Claro que me preocupo, el cura que te dijo que te cambiaba las tierras por este trabajo, no tenía derecho a eso y, es más, tu tierra en el centro de Toulouse vale un pastón —dijo Jules en tono enfadado.

—Pero yo no tenía para construir.

—Pero sí para venderla y haberte hecho con un dinero que con este trabajo tardarías muchos años en obtener.

—Estaba sin nada —murmuré con tristeza.

—Pobre de ellos, la que les ha caído —dijo Camille.

—No lo sabes bien —contestó Jules.

—No quiero líos, acepté eso.

—Bueno, pero no sabes lo que hay detrás, no solo te han engañado a ti, lo han hecho también con nosotros.

—No entiendo nada.

—Se suponía que nos hicieron el favor por cómo nos portamos con la iglesia. Se suponía que nos mandaban a alguien de fuera de París, porque así lo pedimos y, ahora no solo se supone, queda claro, que encima negocian con un trabajo que ofrezco yo y, encima de forma desorbitada aprovechándose de quién peor está ¿Qué clase de iglesia se supone que es?

—Bueno —dije con tristeza —siento haber contado nada.

—Así no se solucionan las cosas, hija —me dijo Camille tocándome la cabeza.

—Mañana salimos hacia Toulouse.

—¿Mañana? —pregunté asustada.

—No te preocupes por nada que te traigo de vuelta y aquí tienes tu trabajo, pero vamos a ir a solucionar las cosas.

—Pero no quiero...

—No hay más nada que hablar —se tomó el café y se levantó marchándose muy afectado.

—No sé para que he hablado —repetí con tristeza a Camille.

—Has hecho muy bien y te voy a contar algo... Jules es una persona de lo más graciosa y divertida, pero tras ese humor que a veces es pesado, hay un hombre que no permite injusticias, además es caritativo como su padre, así que si descubrió que no les bastó con lo que donó y que encima hicieron eso, no se va a quedar de brazos cruzados e irá a hablar con quién tenga que hablar. No te lo tomes a mal, pero te han engañado y no debes de tener pena porque Jules quiera poner las cosas sobre la mesa.

—Pero ya firmé que se lo cedía.

—Déjalo a él, sabe cómo tiene que hacer las cosas.

—Me da mucha cosa que se vea envuelto en este embrollo por mi culpa y ahora tener que ir a Toulouse, yo no tengo dinero aún para mi pasaje.

—Ni él te permitiría pagarlo, de todas maneras, seguro que vais de una manera más rápida y cómoda que con la viniste. Te aconsejo que te acuestes temprano esta noche para mañana estar descansada.

Me había quedado un poco mal por esa situación, volver a aquel lugar para recriminar los actos que yo acepté no lo veía muy ético, pero, estaba claro que era mi jefe y que sabía de lo que hablaba, por lo que, no iba a tener en cuenta mi opinión que, según él, había sido aceptar un trato desorbitado.

Por la noche durante la cena me dijo que ya tenía todo listo para el viaje al día siguiente y que estuviera lista a las ocho de la mañana.

Me acosté dándole muchas vueltas a la cabeza y sintiendo que había metido la pata sincerándome y contando todo.

Jules no tenía freno, por lo que me había dicho Camille, así que debía dejar todo en sus manos y que él se encargase de esa situación.

Capítulo 3



Capítulo 3



Junio 1980

Entré en la cocina media hora antes de la partida con Jules, que ya estaba ahí tomando un desayuno mientras charlaba con Camille.

Nos dimos los buenos días y me alegró verlo sonriente, no como se fue el día anterior que descubrió lo que me había pasado, se veía que le había sentado como una patada en el estómago.

Me senté con ellos, había preparado una pequeña bolsa de viaje.

—Nos vamos en tren —murmuró arqueando la ceja.

—Nunca me he montado en tren.

—Pues siempre hay una primera vez —dijo Camille haciéndome un guiño.

Terminamos de desayunar y un taxi nos llevó hasta la estación de trenes donde después de esperar veinte minutos, abordamos uno.

Me quedé impactada al verlo por dentro, además íbamos en primera clase.

—¿Sabes que estamos inaugurando los trenes de alta velocidad?

—¿En serio?

—Sí —me hizo un guiño con esa sonrisa que no dejaba de tener en su rostro —Por cierto, ¿no tienes más familia?

—Bueno, eso es otra historia, pero por lo poco que te conozco es mejor que no te cuente nada ya que eres capaz de ir de Toulouse a Nantes para buscar explicaciones —me reí con timidez.

—Cuenta, cuenta, tenemos tiempo —puso una pierna sobre la otra.

—Pues hay poco que contar, realmente mis padres que eran de Nantes y allí se conocieron, se encontraron con que ningunas de las dos familias dieron el visto bueno a su relación y, ellos, que se amaban por encima de todo, decidieron poner tierra de por medio e irse a vivir Toulouse para comenzar una nueva vida.

—Ajá, ¿y?

—Solo eso —me reí.

—Pues no me lo creo —hizo un gesto con los labios de tener claro que no le convencía esa historia —No es entendible que algo se acabe así, lo normal es que haya un trasfondo, de lo contrario, con el tiempo hubieran intentado alguna de las partes un acercamiento, date cuenta que ambos tienen familia, pero ni tu familia paterna ni la materna hizo nada y, además, tu padre o tu madre también lo podían haber hecho ¿No te das cuenta que si nadie dio un paso es porque hay un tema mucho más serio, que, una no aceptación? Porque yo puedo no aceptar algo, pero, si eso conlleva perder a alguien que se supone que quieres por encima de todo, como son los hijos, pues algo se hace y, pongamos que no, vale, ¿tan orgullosos eran tus padres como para no dar un paso al frente y presentarles a su hija? —se encogió de hombros —Yo soy adoptado y no soy tonto, mis padres adoptivos sé que dan la vida por mí, pero algo me dice que no me dejaron en un convento así porque sí, tiene que haber un trasfondo, pero, por respeto a ellos, no moveré nada hasta el día en que ellos ya no estén. Quiero saber la realidad del por qué me dejaron, sea la que sea, eso no va a quitar que voy a seguir amando a mis padres hasta que me muera, porque ellos me han dado una vida, me lo han dado todo y soy lo que soy por ellos, pero quiero saber mi otra historia y, estoy seguro, de que la hay.

—Yo creo a mis padres —murmuré con tristeza recordándolos —pero reconozco que, en parte, tienes razón y a veces es necesario buscar respuestas como en tu caso, que es algo mucho más fuerte, hablamos de encontrar a tus padres biológicos, pero en el mío, no veo porque me tendrían que mentir. De todas maneras, nunca hablé con ellos del tema porque pensé que les podía doler.

—Pues deberías de buscar respuestas, solo se vive una vez, es una pena irse sin saber cosas que forman parte de nuestras vidas.

—Lo mismo esas cosas nos hacen mucho daño.

—Yo prefiero sufrir sabiendo la verdad, que viviendo feliz y en una mentira.

—También tienes razón — y es que, tenía que dársela, mi punto de vista era desde la cobardía visto así.

—¿Has tenido pareja?

—Sí —me sonrojé, no me esperaba esa pregunta.

—¿Y lo dejaste para venirte a París?

—No, me dejó él a mí seis meses antes.

—¿Te dejó a ti? —preguntó con cara de incredulidad.

—Sí —reí mirándolo —¿Por qué pones esa cara?

—Hay que ser muy tonto para dejar a una chica tan bonita como tú —decía abriendo las manos.

—Bueno, gracias por el cumplido.

—No es ningún cumplido, es la realidad, eres una chica que cualquier hombre quisiera tener, pero dime, ¿se puede saber por qué osó en hacer tal cosa? —preguntó mirando hacia la ventanilla del vagón.

—Bueno, según él, yo no tenía edad para estudiar sino para trabajar como él y que formásemos una familia. Me dio a elegir entre él y la carrera, así que seguí estudiando —sonreí —Él sabía que no la dejaría por nada, creo que la usó como pretexto porque había conocido a la que poco después presentó a la gente como su pareja.

—¿Lo ves? Todo tiene un trasfondo.

—Ya —sonreí y esta vez fui yo quién miró hacia el exterior.

—¿Qué te parece la experiencia en tren?

—Nada que ver con el autocar, además, esto es a todo confort.

—Primera clase —me hizo un guiño y me eché a reír. Era una de las personas con más carisma que había conocido.

—¿Te puedo preguntar la edad?

—Claro. Treinta y dos años, once más que tú.

—Veo que la sabes.

—Leí el informe de tus datos para el trabajo.

—¿Y tú no tienes pareja?

—No me aguanta nadie.

—No me lo creo.

—Prueba a ser mi novia dos días y te aseguro que antes del plazo ya me has dejado.

—¿Tan malo eres? —reí.

—Prueba... —me retó, imagino que en broma.

—No, déjalo, no puedo poner en riesgo mi trabajo —apreté los dientes aguantando la risa.

—Siempre podemos firmar una cláusula previa al romance.

—¿Romance? —arqueé la ceja mientras negaba.

—Sí, tú, yo y un primer viaje juntos ¿no te parece romántico?

—De lo más romántico —se me escapó la risilla —Un viaje para pelearnos con el cura con el que cerré el trato.

—No vamos a pelear, no hace falta.

—¿Entonces?

—Seré breve y contundente.

—¿Qué le vas a decir?

—Ya lo escucharás, no me seas impaciente, cariño —miró mis labios y me puse roja, acalorada, nerviosa y miré para la ventanilla —¿Por qué has dejado de mirarme? —reía mientras lo decía.

—Jules, por favor, que soy muy tímida —apreté los dientes y puse cara de terror.

—¿Te gusto?

—¡Jules! —reí.

—No es nada malo que me lo digas.

—Nos acabamos de conocer.

—Error, nos conocimos ayer y ya has dormido y todo en mi casa. Vamos muy rápidos, creo que es el camino.

—Ah no, no aguantes la risa.

—Es para parecer más intenso —frunció el entrecejo.

—Imagino que cuanto más llevemos de trayecto, te irá bajando esa intensidad ¿verdad? —me mordí el labio.

—Si te muerdes el labio, creo que la cosa irá a peor.

—No lo hago más —dije moviendo las manos hacia adelante y él se echó a reír.

Aquel viaje estaba siendo de lo más entretenido y es que, Jules era una persona que hacía que las horas pasaran de forma amena.

Además de divertido, me daba cuenta de que era una persona de lo más culta, tenía conocimientos de todo tipo y estaba informado de cosas, que normalmente, yo no le ponía interés, pero escuchado desde su punto de vista, comenzaban a despertarme curiosidad, por ejemplo, el tema de la ufología me dejó asombrada con las explicaciones que me dio sobre el tema de los avistamientos de O.V.N.I.S.

Otro tema del que me estuvo hablando mucho fue sobre Cuba y su régimen Castrista. Me hizo un recorrido por todo lo que había acontecido desde que Fidel Castro, al mando de una acción armada, asaltó el cuartel de Moncada para derrocar a Batista. Me quedé fascinada de cómo me daba las fechas de todo eso que fue en julio del año mil novecientos cincuenta y tres. Eran jóvenes revolucionarios todos los que apoyaron a su líder Fidel.

Me dijo que me prestaría un libro sobre la historia de la revolución cubana, cosa que le agradecí porque contado desde su voz, ya me había parecido apasionante.

Fue un viaje fascinante con un hombre que me enseñó en unas horas lo que no había aprendido en mucho tiempo, conste que yo era muy buena estudiante, pero de las materias exigidas para conseguir la carrera, para todo lo demás estaba de lo más desinformada, me estaba dando cuenta que demasiado nula en ese aspecto. Me había enriquecido mucho ese día...

Llegamos a Toulouse y sentí como si hiciera mucho tiempo que me hubiera ido, inclusive un escalofrío recorrió mi cuerpo, era como una sensación de sentir que algo iba a pasar en mi vida, pero ¿qué más me podía suceder?

Nos dirigimos a un hotel donde pidió una habitación doble, hasta el día siguiente no íbamos a ir a hablar con el cura.

Capítulo 4



Capítulo 4



Junio 1980

—Hoy es tu día de suerte —murmuró estirando su mano para que entrase en la habitación.

—¿Y eso? —pregunté arqueando la ceja, pero sin girarme.

—Te has montado en el recién estrenado tren de alta velocidad, has hecho el trayecto con un joven apuesto y ahora vas a dormir bajo el mismo techo de una habitación de hotel con ese mismo hombre. La lotería, te tocó la lotería.

—Jules —me eché a reír —Déjame decirte algo, no sé si me tocó la lotería, pero lo que tengo clarísimo es que, durante el viaje adquiriré mucho conocimiento en temas que antes ni me iban ni me venían y, además, me has hecho reír mucho.

—¿Me estás llamando payaso?

—En absoluto —me reí viendo la cara de tristeza que ponía bromeando.

—Bueno, ¿cuál de las dos camas quieres?

—¿En qué se diferencian? —pregunté mientras él colocaba sus cosas en una cómoda pequeña igual que en la que yo estaba colocando las mías.

—No sé, según qué lado prefieras, el derecho o izquierdo... —me dijo guiñándome un ojo —Yo no tengo preferencia, será que estoy acostumbrado a dormir en una cama gigante y voy rodando a mis anchas, un día amanezco en un lado y otro en el otro.

—Bueno, pues me quedo esta misma —señalé a la que estaba a mi lado.

—Esa iba a decir yo —murmuró y me eché a reír.

—Pues para ti, me quedo la otra.

—Es que no lo tengo muy claro.

—Al final me veo durmiendo en el suelo.

—Lo decidimos mientras cenamos —me hizo un gesto con la cabeza cuando acabamos de colocar las cosas.

Fue salir por la puerta del hotel y encontrarme con unos vecinos que ni sabían que me había ido, así que los saludé amablemente y no les dije nada.

Iba saludando a los que me cruzaba y Jules se reía al ver que me conocía todo el mundo, pero es que en aquella zona me había criado y había vivido hasta el día que me fui a París.

Entramos en un restaurante muy famoso de la ciudad, era al que se solía ir a comer cuando celebrabas algo, de lo contrario, no era muy frecuente debido al alto precio de los platos.

Estuvimos charlando durante la cena de su vida en París, ahí me comentó que había estudiado la carrera de Ciencias económico-empresariales y que, de eso, precisamente, trabajaba administrando todas las rentas del patrimonio que tenían sus padres.

—Yo podría administrar también sin necesidad de carrera —bromeé.

—Claro, y yo podría poner una inyección como una enfermera sin serlo.

Me eché a reír y es que tenía respuestas para todo. Sin lugar a duda, estaba inspirado en todo momento y es que, no había momento en que no tuviera una buena salida para cualquier cosa.

Nos fuimos a la habitación y, tras ponernos los pijamas, nos acostamos.

—Buenas noches, Emma —sonó hasta serio.

—Buenas noches, Jules —sonreí, pero no me podía ver porque la luz estaba apagada y yo vuelta para el sentido contrario.

Me encantaba, simplemente me parecía un chico extraordinario, tenía algo que me despertaba una sonrisa incluso en estos momentos, que, para mí eran de lo más dolorosos. No quería ni pensar pues me salía una sonrisa de tonta que no podía con ella.

Nos despertamos casi de forma sincronizada a las siete de la mañana.

—Buenos días, ¿qué tal tu primera noche conmigo? —me hizo un guiño mientras a mí se me soltaba una risilla.

—Buenos días, Jules. Bien, bien, creo que no roncas.

—Claro que no y, si lo hiciera, sería como una melodía musical —sonrió haciéndome un guiño.

—Ni lo dudaba —aguanté la risa.

—Vamos a desayunar, tengo al apetito un poco desesperado.

—No tardo —entré en el baño a asearme y salí lista para irnos.

El croissant estaba riquísimo, además recién hecho y con crema por dentro, no lo mojé en el café por vergüenza ante Jules, pero me quedé con las ganas de haberlo hecho.

De allí nos fuimos a la parroquia, fue llegar y se me hizo un nudo en el estómago, yo no quería esa situación, pero no me dejó otra opción.

El cura apareció levantando una ceja, extrañado por verme allí.

—Buenos día, soy Jules Dubois —dijo antes de que llegara ante nosotros y al padre Bernard se le cambió la cara.

—Hola, es un placer recibirlo aquí —estaba fingiendo que estaba descompuesto.

—Venía a hablar sobre el intercambio que le hizo a Emma, el trabajo por la finca.

—No fue así, ella en agradecimiento nos la dio.

—¡Mentira! —no pensaba entrar, pero tampoco iba a aguantar que mintiese tan descaradamente.

—Pongamos que usted lo dice así, pero lo que yo veo ahí, es una injusticia, se aprovecharon del momento tan difícil que atravesaba Emma.

—Lo vi como un acto de ofrecimiento al señor.

—Pues que baje y me lo diga —soltó Jules y casi me da algo.

—Sabes que eso es imposible, él da señales.

—Pues que le mande una porque tiene una hora para devolverle lo que es suyo o, de lo contrario, tanto como mi familia como muchas de París, dejarán de gratificar a su iglesia y estará en boca de todos. Usted decide.

—Las vendimos ayer.

—Le faltó tiempo. Enséñeme las escrituras.

—Voy —se marchó y, Jules me miró haciéndome un guiño, yo estaba de lo más nerviosa.

—Tranquila, que este va a escupir hoy billetes por la boca.

Cuando trajo las escrituras y Jules las revisó, lo primero que hizo fue mirarme.

—Te dije que tardarías 10 años en ganar esto trabajando, pero me equivoqué, hasta podrías comprarte un apartamento y vivir sin trabajar veinte años. La finca es una mina —giró la cabeza y miró al cura —Ahora mismo nos vamos hacia el banco y le traspasa el dinero a la propietaria legal.

—Pero...

—Hágalo, o, le juro que sale en todos los periódicos del país y llega esto hasta el Vaticano.

—Vale.

Cogió una especie de bolsa y salimos hacia el banco donde autorizó el traspaso de dinero como donación. Yo no me podía creer que mis padres,

sin saberlo, me habían dejado tanto y lo estaba recuperando gracias a Jules.

Pedí algo de dinero en efectivo para tenerlo para cualquier imprevisto o alguna cosa que necesitase, además, quería hacerle un buen regalo a Jules, se lo compraría en cuanto llegásemos a París, se había portado muy bien.

—Bueno, padre Bernard —le dio la mano al salir del banco —que Dios le bendiga —dijo con ironía.

—Y a ustedes —murmuró el cura con el rostro de lo más pálido.

—Esto debemos celebrarlo a lo grande, me debes una comilona —me echó la mano por el hombro y besó mi mejilla.

—Claro, donde quieras.

—Pues ¿en el mismo sitio que anoche? Dijiste que allí se iba a celebrar y que mejor momento que este —se encogió de hombros.

—Por supuesto, además si quieres esta noche también te invito a cenar en el mismo sitio, no me voy a arruinar —sonreí.

—Bueno, cómo le cambia a la gente la forma de ser con el dinero —bromeó.

—Ya ves, ni que fuera enseñando billetes —reí.

—Mejor he pensado en otra cosa, y, ¿si compramos unos bocatas y nos vamos al Jardín Royal a comerlos?

—¿Y cómo sabes de esos jardines? —pregunté arqueando una ceja.

—No pongas en duda mi inteligencia —carraspeó y echó de nuevo su brazo por mi hombro mientras andábamos —Guapa, rica y simpática, lo tienes todo.

—No soy rica y no pongo en duda tu inteligencia, pero, no sé, me sorprendió.

—Entonces ¿quieres una cita conmigo en el parque comiendo unos bocatas?

—Claro —murmuré y me dio otro beso en la mejilla.

—¿En plan bonito?

—¿Qué es para ti bonito? —me reí.

—Como si fuéramos pareja, aunque de aquí allí, vete tú a saber.

—Eres tremendo —me reí negando.

—Pero te diviertes conmigo —me señaló con el dedo de la otra mano ya que seguía con ella en mi hombro.

—Eso no te quepa la menor duda. Eres muy carismático.

—Me parece que te caigo extraordinariamente bien, al final me lo pondrás fácil —nos reímos, porque él se reía hasta de sus propias cosas.

Sentía toda clase de cosquilleos por mi estómago, esos que me producía Jules y es que me sentía tan bien a su lado que jamás había tenido esa sensación ni con el que fue mi novio.

¿Me estaba enamorando de verdad? Esperaba que no, aquello no podría ser posible, éramos de dos mundos y clases sociales diferentes, por mucho que bromease, no se fijaría en alguien como yo y, además, estaba segura de que me veía como a una niña y es que, aunque no fuese tan grande la diferencia, nos separaba una década.

Entramos en un bar que preparaban unos bocadillos típicos de Toulouse y que estaban riquísimos. El dueño me saludó con una sonrisa, como siempre, me conocía de ir a comprar algún que otro algún sábado por la noche que me apetecía y mi madre me daba el dinero.

Pedimos dos de pollo con lechuga y jamón de pavo, lo ponían en un pan de semilla tostado, además te lo daban junto con una salsa casera que estaba deliciosa y era el producto estrella de ese afamado bocadillo.

Capítulo 5



Capítulo 5



Junio 1980

Llegamos al parque y nos sentamos sobre el césped, el día era una maravilla, el sol estaba de lo más resplandeciente.

—El bocadillo está riquísimo —gemía por el sabor que le proporcionaban la mezcla de ingredientes.

—¿Lo ves? Tengo buen estómago.

—Lo tienes todo bien —se acercó y me quitó una miga de pan de la comisura de los labios.

—Me pones muy nerviosa —me sonrojé.

—Eso es porque te gusto.

Me reí negando y es que, encima de todo tenía razón y, no es solo que me gustase, es que me hacía sentir especial a su lado.

Jules poseía la habilidad de hacer de sus gestos todo un potencial que lo hacían de lo más seductor y, eso, él lo sabía.

Me estaba despertando demasiado interés y eso, en cierto modo, me preocupaba, no podía olvidarme que, claramente, éramos de dos mundos diferentes.

—Emma, te quería decir algo...

—Dime.

—¿Cuánto tiempo hace que dejaste los estudios?

—Un mes, pero el curso lo terminé.

—¿Y te queda un año?

—Sí —sonreí con tristeza.

—Ahora tienes la oportunidad de acabarla, puedes inscribirte en París y terminar el año.

—No quiero fallaros y, menos, después de lo que has hecho por mí.

—Pues si no quieres fallarme, demuéstrame lo que pienso que vales y ten las narices —me tocó la punta de la nariz —de acabar eso que empezaste,

además, tus padres estarán muy orgullosos allá donde estén de ver que conseguiste la graduación.

—Pero yo quiero trabajar para vosotros.

—Y, ¿quién dice que no lo puedas hacer? Realmente se te contrató para descargar de trabajo a Camille, ya tiene una edad por muy bien que esté, así que lo tuyo consiste en ir a comprar la comida, el pan, enviar alguna carta, ir a por algún recibo, etcétera, es más, si necesitaba el servicio era por mi comodidad, para poder enviar a la persona a hacer algunas gestiones mientras yo hago otras más importantes, con lo cual, te puedes inscribir para ir a la universidad por las tardes y por las mañanas puedes estudiar y hacer algún que otro recado.

—¿Y cómo verían eso tus padres?

—Bueno, te voy a contar un secretó —se pegó un poco más a mí —el que hace y deshace en mi casa, soy yo, mi padre no se mete en nada y mi madre ahora lo puede ver mal y dentro de diez minutos animarte como si no hubiese un mañana —me besó la mejilla y sonreí.

—Me encantaría acabarla, es la verdad.

—Pues hazlo, además, con una visita que yo haga, nos darán tu plaza rápidamente.

—Veo que tienes mucho poder.

—Mi padre es uno de los hombres más ricos de París.

—El dinero lo mueve todo.

—Por desgracia para los que no lo tienen, sí, y, para los que lo tenemos es una suerte porque nos aprovechamos de eso para conseguir todo, pero, yo tengo una ideología.

—Cuál...

—Pues beneficiarme de algunos tratos de favor por la posición de mi familia, pero, jamás me aprovecharé de nadie, jamás, intento ser justo.

—Tengo claro que eres buena persona.

—Entonces ¿a qué estás esperando para besarme? —cerró los ojos y sacó los morros.

—No me hagas eso —le di una palmada en el hombro mientras me reía.

—¿En serio vas a perder la oportunidad de tu vida? Por eso unas personas se engrandecen y otras no, precisamente por eso, unas dejáis pasar el tren y yo, por ejemplo, lo hubiera cogido y te hubiese besado. Y si el tren hace “chucu, chucu, chu” y se va, en la próxima parada lo puede estar deseando coger otra para montarse en él —decía sentado moviendo sus manos, que estaban apoyadas en sus piernas que tenía cruzadas sobre el césped, como yo.

—Si te doy el beso, sé que estoy perdida.

—¿Y si nos perdemos juntos? —se acercó de nuevo un poco poniendo morros.

—¿Y si te beso que pasará?

—Mujer, no te vas a quedar embarazada por eso, vamos creo yo —se encogió de hombros mientras yo reía sin poder parar.

—Da igual, no he preguntado nada, todo lo que diga será interpretado a tu forma.

—¿Qué pasa, que viene con mensajes jeroglíficos? Aunque yo creo que esos también sabría interpretarlos —carraspeó mirando a mis labios.

Esta vez fui yo la que me acerqué y me puse a unos centímetros de él mientras sentía que me ardía toda la cara de la vergüenza.

—Si lo quieres, búscalos tú —murmuré aguantando la risa.

—Yo te traje hasta aquí para que recuperaras lo que era tuyo, creo que, ahora, tienes que ser tú la que debes buscar lo que crees que pueda pertenecerte —dijo sin separarse ni un centímetro y yo miraba hacia el suelo de forma tímida.

—Y, si yo no lo hiciera, ¿los buscarías en algún momento?

—No, el tren solo pasa una vez y está a punto de hacer “chucu, chucu, chu” —eso me provocó otra risa.

Me estaba dejando claro que, o lo besaba, o no habría más oportunidades, es más, que ni pensaba buscarlas. Me lo puso tan negro que no lo dude, levanté la cabeza y lo besé.

Fue un beso entre unos labios que no dejaban de buscarse y que, creo que, a los dos, nos creó como la fuerza de un imán del que era imposible despegarse.

—Te hubiera buscado hasta en el fin del mundo, porque desde que te vi, supe que eras todo lo que había esperado en mi vida —me acariciaba la barbilla y me miraba de forma penetrante —No quiero que seas la chica de los recados, quiero que seas mi prometida, esa que me ayude alguna que otra vez, pero que brille con luz propia, termine sus estudios y vaya a buscar sus propios objetivos porque yo la quiero ver volar libre, que no se quede con las ganas de perseguir ningún sueño y que se sienta tan apoyada y arropada, que con cada meta que consiga, me abrace y me diga que me ama, eso es lo que quiero, no una chica de los recados —volvió a besarme y yo estaba paralizada por completo ¿En serio me había dicho eso? ¿Con lo bromista que era? Muerta, me había quedado sin pulso.

—Jules... —me aparté cogiendo su mano.

—Dime, que quieres ser mi prometida...

—Primero iba a hablar yo —me reí, pero con una sensación de romanticismo que me había impresionado.

—Venga, dime.

—Solo hace dos días que me conoces y...

—Espera, que sé por dónde vas a ir.

—No lo dudaba —volteé los ojos y le causé una risilla.

—¿Me puedes decir cuántas horas tienen que pasar para que dos personas se tengan que dar cuenta que tienen frente a frente a la persona con la que quiere compartir su vida? Porque dime tú, en otras circunstancias quedan para cenar, para merendar, para tal, pero nosotros llevamos treinta horas juntos, más o menos, sin separarnos, eso traducido pueden ser días para otras parejas.

—Vale, te estoy entendiendo —me reí porque si lo dejaba seguir me echaba hasta un Salmo.

—Pues dime, ¿cuánto tiempo tiene que pasar?

—Quiero ser tu prometida... —murmuré mirando hacia abajo y me levantó la barbilla.

—Me lo voy a pensar, pero no creas que tardaré mucho en contestarte —me besó de nuevo mientras yo me reía negando y él sujetaba mi barbilla con

su mano.

Ese era Jules, el que te hacía elevar, reír, dudar y hasta desesperar, pero era un tipo de esos que te sacaban sonrisas a miles ¿No era ese el tipo de personas que merecían la pena?

Pues así era, ese que te dejaba con la duda de que eras a partir de ese momento para él, pero, por los besos que no dejaban de sucederse, algo me decía, que, después de lo que me había soltado, para él era algo más que unos días de revuelo.

Nos fuimos andando hacia una cafetería cerca del hotel, íbamos a tomar un café y merendar algo antes de subir a descansar un poco y por la noche salir a cenar. Al día siguiente regresaríamos.

Nos pedimos los cafés y los pasteles mientras escuchábamos a un hombre que pasaba tocando el acordeón. En ese momento era el centro de atención, se paró frente a nuestra terraza y sacó el sombrero donde todo el mundo le fue echando monedas.

Toulouse me gustaba, pero ahora la sentía vacía, como que allí ya no me quedaba nada, era una sensación de verla muy diferente, inclusive como si yo ya no perteneciera a ese lugar.

La llegada de Jules a mi vida había sido un revulsivo, de repente, sin esperarlo y marcando constantemente los tiempos de su vida, de la mía y la de los dos. Me gustaba esa fuerza que tenía, era como un huracán que lo

removía todo, pero cuando pasaba, te dabas cuenta de que todo estaba mejor colocado y en su sitio. Era admirable esa capacidad que tenía.

Capítulo 6



Capítulo 6



Junio 1980

Regresamos al hotel donde nos echamos un rato a descansar. El muy descarado se metió en la mía y levantó mi cabeza para pasar su brazo por debajo. Yo tenía la risa suelta y no dejaba de negar, muerta de la vergüenza.

—¿Qué haces metiéndote en mi cama si aún no sabes si soy tu prometida? —pregunté aguantando la risa.

—Bueno, resulta que —carraspeó —estoy comprobando si dormir contigo es placentero o no.

—Ah vale, intentaré no moverme mucho.

—Bueno, un poquito te podrías mover —dijo sonriendo mientras se acercaba a mordisquearme el labio.

Abrí los ojos un rato después y me di cuenta de que no estaba a mi lado, eran las siete de la tarde, había dormido como dos horas.

No tardé en escuchar la puerta y entró sonriente.

—Te veía durmiendo tan plácidamente que bajé a tomar un café.

—Vale —sonreí.

—¿Vamos a cenar?

—Claro —se acercó y me dio un beso en los labios.

Me cambié en el cuarto de baño y salimos del hotel hacia el restaurante donde cenamos la noche anterior.

Pidió una botella de vino y la cena. Lo dejé decidir por los dos.

Cuando nos sirvieron el vino blanco me percaté de que había algo dentro de mi copa.

—¿Y esto? —metí el cuchillo para sacar lo que estaba viendo era un precioso anillo.

—Sí quiero ser tu prometido, Emma —estiró la mano y acarició mi brazo por encima de la mesa —lo decidí mientras me tomaba el café y te echaba de menos, de ahí fui a la joyería.

—Eres un cafre, pero eres mi cafre preferido —dije riendo y negando.

Era la forma en la que decía las cosas, con la seriedad que las soltaba cuando estaba siendo de lo más bromista. Me gustaba ese Jules que no dejaba ni un momento de provocar la mejor de mis sonrisas.

De todas formas, que nadie se asuste de un amor que se convirtió en un compromiso al tercer día de conocerse, que yo conocía a chicas en Toulouse, que salieron embarazadas la misma noche de conocer al chico y, encima, se casaban en menos de un mes para no decir lo del embarazo.

En los ochenta, la vida estaba cambiando notablemente y entrábamos en una era más moderna. Se notaba en los últimos diez años. Ahora se daba paso a una década que venía pisando fuerte.

—Por cierto —jugaba de forma cariñosa con el anillo colocado en mi dedo —, ahora que tienes dinero, podrías comprarte algo de ropa, no es que vayas mal vestida pero como lo perdiste todo.

—Bueno, no es ni mía ya que me la donaron en la iglesia...

—¿A cambio de qué? Mira que estamos a tiempo de volver a ir a por el cura —dijo causándome una carcajada.

—No —no podía dejar de reír —, me la dio de la que dona la gente.

—Ya decía yo que ese donara nada de su bolsillo.

Después de la cena nos fuimos de la mano a pasear un poco. Paramos en el escaparate de una heladería y se nos hizo la boca agua.

—Creo que aún tenemos hueco —dijo tirando de mí.

—No quiero, me has engañado y no me has dejado pagar la cena.

—Ni te dejaría pagar nada —me hizo un guiño.

—¿Y yo qué hago con mi dinero?

—Ahorrar.

—Bueno y pagarme la universidad.

—Eso también corre por cuenta de la familia Dubois.

—No, eso sí que no —protesté cuando ya había tirado fuerte y me había metido dentro de la heladería.

—¿Cuál quieres? —me preguntó echando su mano por mi hombro.

—Chocolate y turrón —lo miré indignada.

—Vale —se giró y le pidió dos iguales.

Nos los llevamos para pasear mientras nos los comíamos.

—Jules a mí me sabe muy mal ahora vivir en tu casa sin trabajar.

—Me vas a ayudar, además eres mi prometida.

—Tus padres no lo saben.

—Mi padre aceptará siempre lo que sea mi felicidad y, mi madre, según con el pie que se levante o el momento en que la pille —me hizo un guiño y me sacó una sonrisa.

—No sé, me parece muy violento.

—¿Violento? Eres mi prometida, imagino que aún estás dándole vueltas al tema de que nos conocemos desde hace tres días, pero aún no me respondiste a cuánto tiempo se necesita y, además, me pediste compromiso.

—Me lo pediste tú —reí mientras ponía los ojos en blanco.

—Bueno, casi se te pasa el tren y al final me vi en la obligación de tener que recapacitar durante horas a tu posterior propuesta —se hacía el interesante, era todo un comediante.

—Dicho así suena correcto, pero sabemos que no es como tal y como lo cuentas.

—¿No has pensado que va siendo hora de conocer la versión de tu otra familia?

—No, la verdad, tampoco es que me interese mucho, creo a mis padres y si no se interesaron por ellos, qué más da lo que me digan, les debo

importar bien poco.

—¿Y si aprovechamos que estamos celebrando nuestro compromiso y mañana vamos allí a ver si descubrimos algo?

—¿¿¿Mañana a Nantes???

—Tampoco hace falta que se entere todo el mundo —murmuró sonriendo, sujetando su helado.

—No, de verdad, para eso no estoy preparada. No sabría si estoy haciendo lo correcto.

—Pero tienes que escuchar otra versión o ver ciertas actitudes para saber qué hay de realidad en todo.

—Pienso que mis padres me dijeron la verdad.

—Pues lo comprobarás y sabrás que estabas en lo acertado.

—Pero si ya lo pienso —me reí negando.

—¿Y si no lo estás?

—No veo a mis padres huyendo así porque sí.

—Puede ser otra de las decenas de hipótesis.

—Madre mía, no, sinceramente no quiero saber.

—Vives ajena, al igual que con lo de la finca, no tenías ni idea del valor que tenía. Lo que pagaron tus padres hace veinte años, se multiplicó por mucho, con el tiempo los inmuebles se revalorizan. Las cosas hay que llevarlas hasta el fin cuando pertenecen a nuestras vidas y, lo que pensamos, a veces, resulta que nada tiene que ver con la realidad.

—Pero es que no quiero encontrar ahora respuestas diferentes, no están mis padres para defenderse.

—Existen las pruebas. Rígete por ellas, si no las hay, es su palabra contra la suya y, obvio, debes de creer a tus padres.

—Pero no tiene por qué ser ya...

—¿Prefieres que pase el tiempo? Quizás cuando vayas descubras que habías perdido mucho el tiempo al no ir antes.

—Jules compréndeme...

—Te comprendo, pero también veo que te falta ese punto de picardía necesario para la vida.

—Quizás soy más feliz en mi ignorancia.

—No puedes ser más feliz así. Estoy convencido de que hoy estás menos preocupada que ayer al poseer un buen dinero en el banco.

—Estoy más relajada, sí.

—Si no hubieras venido conmigo o no me lo hubieras contado, tendrías esa preocupación en tu cabeza de saber que no tenías nada para responder ante una necesidad.

—Pero eso no tiene que ver con la familia.

—A veces sí, todo es cuestión de buscar respuestas.

—¿Por qué estás empeñado en que lo haga?

—Porque te quiero feliz, porque todo el mundo tiene derecho a saber realmente de su vida y, porque hoy, ya eres mi prometida y quiero acompañarte en todos esos momentos que tengas que enfrentar.

—Joder cuando te pones romántico, eres intenso —ladeé la cabeza y luego sonreí.

—¿Nos vamos mañana a Nantes?

—¿Y si lo que hay allí me produce dolor?

—Pues te ayudaré a que desaparezca. No tengas miedo, el destino pone cada pieza en su lugar.

—¿Cómo puedo estar dejándome convencer por alguien que acabo de conocer? —me reí.

—Perdona, soy tu prometido —me echó la mano por el hombro y entramos en el hotel.

Me encantaba escuchar eso de su boca, me sacaba una sonrisa floja de esas que tardan en quitarse.

Nos pusimos los pijamas y nos acostamos en mi cama. Nos pusimos mirando el uno hacia el otro y él con su mano en mi cadera. Su forma de mirarme me transmitía mucho y todo bueno. Detrás de aquel hombre cómico, había toda una persona llena de amor y con el corazón más noble del mundo, por muy fuerte que pareciese, era todo nobleza y justicia.

A su lado me sentía segura, como si con él nada malo me pudiese pasar.

Nos besamos hasta quedar sin fuerzas, sus abrazos eran lo mejor que podía sentir en esos momentos donde reconozco que estaba de lo más nerviosa solo con pensar en reencontrarme con el pasado de mis padres, ese que jamás me atreví a preguntar y del que solo escuchaba lo que ellos me contaban.

Sinceramente, pensándolo como él, era un capítulo que se quedaba abierto y había que ir a cerrar para poder continuar con mi vida.

Me costó mucho conciliar el sueño y es que, tenía los nervios metidos en la boca del estómago. Él se quedó dormido y yo lo miraba mientras pensaba

en si algún día conseguiría ver a alguno de sus familiares o qué pasaría con la vida de estos en estos momentos....

Capítulo 7



Capítulo 7



Junio 1980

—Amor mío, despierta que nos vamos a conocer tus orígenes —
murmuró en mi oído causándome una risa nerviosa nada más levantarme.

—Por favor, al menos los buenos días antes de soltarme esas cosas.

—¿A qué es bonito todo lo que te dije? —me besó mientras a mí no se me iba la risita.

—Precioso y más de buena mañana.

—Venga que nos recoge un taxi en media hora.

—¿Un taxi?

—Pues claro, voy a intentar que te montes en todos los medios de transporte posibles en el menor tiempo posible.

—Se te va la cabeza —me reí levantándome.

Recogimos las cosas y bajamos con el poco equipaje que llevábamos. Entregamos la llave de la habitación y nos fuimos a la terraza de la cafetería que estaba en plena calle.

Se encendió un cigarrillo y me quedé mirándolo asombrada.

—¿¿¿Desde cuándo fumas???

—Solo lo hago cuando estoy nervioso.

—¿Qué te pasa para estarlo?

—Que nos vamos a conocer tus orígenes —murmuró, pero esta vez se le escapó la carcajada.

—En serio, estás peor de lo que pensaba.

—Pero conmigo vas a vivir una aventura cada día de tu vida.

—Eso suena a amenaza.

—A puro amor —me hizo un guiño y me tiró el humo. Me lo quité de delante moviendo la mano mientras reía por esos golpes tan graciosos que tenía.

Tras el desayuno un coche de lujo nos recogió, era negro brillante, como un espejo y todos los filos de decoración exteriores en aluminio.

Nos sentamos en el asiento de atrás y comenzamos un recorrido que duró todo el día con paradas incluidas para comer, merendar o tomar un café.

Llegamos sobre las ocho de la noche a un hotel céntrico en el que no tardaron en darnos una habitación.

Después de ducharnos y cambiarnos, salimos a cenar.

Yo sabía las calles en que habían nacido mis padres por los documentos que había visto cuando les había tramitado algo y les pedían algún certificado que tenían con anterioridad a vivir en Toulouse y que reflejaban esos datos.

Nos dirigimos a la de mi madre que estaba detrás del hotel y allí nos metimos en un bar de barrio donde nos pedimos unos sándwiches y unos refrescos.

—Perdone —se dirigió Jules al camarero cuando nos puso las cosas en la mesa.

—Sí, dígame, señor.

—¿Le suena si vive por aquí la familia Morel? —le preguntó por mi familia materna.

—Claro, doña Céline estuvo esta mañana aquí tomando un café con su prima, con ochenta años y está mejor que todos nosotros juntos —se refería a mi abuela, yo sabía que se llamaba así.

—¿Vive sola? Perdone que le pregunte, es que es un familiar lejano y venimos a darle una sorpresa, hace mucho que no sabemos de ella.

—Su marido falleció hace diez años y desde entonces vive sola, pero como les digo, siempre anda con su prima que también es viuda y se queda aquí muchas veces con ella. Su hija, se fue hace veintidós años con un hombre casado, Elliot, que dejó aquí a una familia con tres hijos. Aquello fue muy doloroso para Céline, no pudo retener a su hija Edith —dijo el nombre de mi madre y a mí me estaban entrando hasta sudores por todo aquello —ella decía que quería estar con ese hombre y que, la única manera en que podían comenzar una vida era fuera de aquí, ya que, de lo contrario, podía ser condenado por adulterio y abandono de hogar. Ya iba embarazada de él cuando se marcharon. Nunca contactó con su madre, parece que la tierra se la tragó y Céline no lo supera, sueña con el día en que su hija regrese y pueda abrazarla. Dice que no se quiere morir con esa pena. No sé si conocíais esa historia.

—Por supuesto —respondió mintiendo para hacer como si fuera conocedor de esas cosas familiares.

Cuando el camarero se retiró, se me saltaron las lágrimas.

—Eso no puede ser verdad.

—Te creías que no tenías más familia y tienes tres hermanos —murmuró secándose las lágrimas.

—Tengo que comprobar que todo esto sea cierto, lo tengo que comprobar —lloraba con tristeza al saber que mis padres podrían haberme ocultado una historia de ese tipo y que hubieran vivido tranquilamente echándole la culpa a sus familiares siendo mentira.

—Emma, te dije que tienes que estar preparada para cualquier cosa y que no se puede dar nada por sentado, que luego llegan las decepciones. Vamos a averiguar la verdad, mañana iremos a ver a tu abuela Céline, ella también merece saber lo que le pasó a su hija y que deje de esperarla.

—Yo no estoy preparada para todo esto, no lo estoy.

—Lo estás, además, yo estoy aquí a tu lado para ayudarte a enfrentarlo —acariciaba mi mano.

Tras la cena regresamos al hotel a dormir. Mi cabeza iba demasiado rápido, era una pregunta tras otra después de lo que había escuchado en voz de ese chico, pero ¿sería cierto? Dio hasta el nombre de mi padre, eso era lo que más me mosqueaba, parecía que tenía claro de lo que hablaba.

Por la mañana me despertó entre besos, de la misma manera que hizo mientras me quedaba dormida.

Salimos a desayunar al mismo bar en el que habíamos cenado. Estaba de lo más nerviosa, aquella visita a mi abuela iba a suponer un choque todavía

más grande que el que ya me había supuesto escuchar eso de boca de un desconocido.

Una vez terminamos de desayunar, nos dirigimos hacia la casa de mi abuela y me entró mucho más nerviosismo del que ya llevaba encima cuando tocamos a la puerta.

—Hola —dijo una señora mayor, cuando abrió sabía que era ella —¿En qué puedo ayudarlos? —me miró arqueando la ceja como si le hubiera llamado yo la atención.

—Hola, abuela —murmuré entre lágrimas que comenzaron a derramarse.

—Lo sabía, te he visto y eres como mi hija —se echó a mis brazos llorando con desgarro —. Pasad, por favor.

Entramos y le presenté a Jules, nos preparó un café y nos sentamos con ella en el salón, me cogía de la mano y me la acariciaba.

Le comenté la historia que me habían contado mis padres sobre el distanciamiento y lo que había sucedido con ellos.

—Hija, tu mamá siempre fue muy buena y risueña, nos quería con locura, pero fue conocer a Elliot y perder la cabeza por ese hombre casado, hasta que no se quedó embarazada, no paró. Aquello fue un sufrimiento muy grande, él le pidió irse lejos a comenzar una nueva vida porque aquí no podían, él era padre de tres hijos y estaba casado. Ese hombre le comió la cabeza, no lo voy a insultar porque es tu padre y sé que eso te haría daño.

Me voy a quedar con las ganas de abrazar a mi hija —decía con dolor y llorando sin dejar de acariciar mi mano—. Tus hermanastros son todos varones, rondan entre los veinticinco y treinta años.

—Abuela, siento tanto no haberlo sabido hasta ahora —en estos momentos me acordé de lo que me dijo Jules, que no podía perder más tiempo, que me podía arrepentir y ya me arrepentía, al saber que había una mujer que había sufrido por lo que hicieron mis padres y que, encima, le echaron las culpas injustamente para tapar una verdad muy fuerte como era realmente su historia.

Lloraba tanto que me pegué a ella y la abracé con todas mis fuerzas.

—Gracias, Emma, cariño. No sabes el bien que me hace que mi nieta esté abrazándome. Nos hubiera gustado mucho ser partícipes de tu vida, crecimiento, de todos tus momentos, pero no nos dieron opción, tu abuelo se murió con la pena de conocerte, además, me dejó una cadena de oro para ti, no sabíamos si eras niño o niña —se levantó a por ella y me la trajo.

Era una cadena de oro con una cruz, sencilla pero muy bonita. Me dijo que siempre la llevaba puesta y que no hubo un solo día que no dijera que era para su nieto o nieta y que estaba segura de que le hubiera encantado conocerme.

Pasamos con ella toda la mañana, fuimos a comer al bar donde nos dieron la información. Cuando ella les dijo quién era, el camarero se quedó extrañado porque le dijimos que éramos familiares lejanos y él casi que nos contó la vida de mis padres.

Después de eso la dejamos en su casa y quedamos en ir por la noche a cenar con ella, ahora le tocaba descansar y nosotros también íbamos a aprovechar para hacerlo.

Me tumbé en la cama sobre el hombro de Jules, estaba conmocionada, completamente en *shock*, todo lo descubierto había sido para mí un impacto, no me lo esperaba para nada, y, había tenido que comérmelo todo de golpe.

Reconozco que agradecía a Jules en ese momento el que me hubiera alentado a hacerlo, a venir, descubrir la verdad, porque esa, tiene dos versiones y, a veces, hasta lo más evidente, deja de serlo.

Capítulo 8



Capítulo 8



Junio 1980

Dos días completos pasamos con mi abuela y, al tercero, fuimos a buscar a la familia paterna, nos contó que mis abuelos paternos ya habían fallecido y que mis hermanos tenían una inmobiliaria en la avenida principal. Su madre había rehecho su vida con un policía de Nantes.

No tenía claro cómo me iban a recibir ni si les sentaría bien o mal, pero, como decía Jules, si no quieren saber nada, nos vamos con la conciencia tranquila de haberlo intentado, pero debíamos darles la oportunidad de conocer a su hermanastra, si así lo querían.

Llegamos a la inmobiliaria que estaba decorada con mucho gusto y salió a recibirnos un chico.

—Hola, soy Gerard —nos extendió la mano a mí y a Jules.

—Hola, perdona, quería hablar contigo y con tus dos hermanos.

—¿Pasó algo? —preguntó preocupado.

—Nada que ver con la inmobiliaria, es un asunto familiar, soy la hija que tuvo vuestro padre cuando se marchó.

—¿Eres la hija de Elliot? —se notaba por esa pregunta que estaban al tanto de todo.

—Sí, la misma —murmuré nerviosa y él se echó el pelo hacia atrás.

—Mi hermano Ditry siempre tuvo la idea de quererte encontrar ¿Te puedo dar un abrazo?

—Claro —sonreí emocionada.

En ese momento entró un chico y nos miró.

—Es nuestra hermana, Ditry.

—¿Eres hija de Elliot? —me preguntó al igual que Gerad.

—Sí.

Se vino hacia mí y me abrazó emocionado.

—No sabes cuánto tiempo he estado intentándote encontrar —miró a Jules y le dio la mano.

Al momento llegó Denis, el tercero, y también me recibió con mucho cariño.

Estuvimos con ellos un rato y quedamos en vernos en un restaurante que había cerca cuando ellos terminaran.

Di una vuelta con Jules muy nerviosa, emocionada y a la vez impactada de ver como todas las piezas del puzzle estaban encajando y yo pensando toda la vida que todo estaba en su sitio.

Me pregunté muchas veces el por qué mis padres nunca tuvieron la valentía de decirme la verdad, no lo entendía, por muchas vueltas que le daba y es que, no había un solo motivo por el que pudiese comprender por qué no lo hicieron.

A la hora de la comida nos reunimos con ellos y nos contaron lo mismo que mi abuela, además, que su madre nunca lo denunció por respeto a nosotros.

Ellos no le guardaban rencor, pero de él no querían saber nada, para ellos había sido una historia muy diferente donde su padre los abandonó dejándolos solos con su madre de la noche a la mañana y nunca se preocupó por ellos o por si necesitaban algo. Había sido un acto muy egoísta y cobarde, como ellos decían y era normal que hablasen con ese desinterés, pero, sin embargo, conmigo estaban felices, me decían continuamente lo emocionados que estaban con este encuentro tan inesperado.

La verdad es que para mí también lo era, ni ellos ni yo teníamos culpa de nada, eso era cosa de los que lo hicieron y, por desgracia, fueron mis padres.

Amaba a mis padres, por supuesto, pero todo esto me había hecho cambiar un poco la visión hacia ellos en el sentido de que no habían sido sinceros conmigo y, encima, me habían contado una verdad que no hacía justicia a sus familias, esas que no tenían culpa de nada.

Quedamos en que estaríamos en contacto, por lo que les dimos el teléfono de la casa de Jules y ellos me dieron los suyos.

Lo sorprendente es que ninguno estaba casado ni tenía pareja, decían que eran muy jóvenes para eso y que primero querían hacer de la inmobiliaria un lugar con futuro para ellos y, la verdad, es que se veía que así sería, tenían una bonita oficina y una presencia perfecta para atraer a los clientes.

Esa noche fuimos a hablar con mi abuela, Jules me había propuesto algo que realmente me apetecía hacer. A este hombre le iba a deber mi vida, sin lugar a duda, era la persona más generosa y buena que jamás había conocido.

Mi abuela estaba sola en Nantes, solo tenía a su prima, así que le pregunté si se quería venir una temporada a París, no la iba a meter en la casa de los Dubois, tal y como me había ofrecido Jules, pero sí podía comprar un apartamento en la ciudad para que ella se viniera las temporadas que quisiera conmigo y, además, lo tendría como inversión.

Ella sonrió y me dijo que le encantaría, pero que le daba miedo ya tan mayor hacer ese tipo de viajes, pero que, si no volvía a verla pronto, tendría que ir, no se quería perder más momentos de su nieta. Realmente me confesó que no quería dejar a su prima sola y ella sí que no podía viajar porque requería mucha atención médica.

Prometimos que de una manera u otra nos veríamos en Navidad, eso no podíamos dejarlo pasar por alto y es que, se merecía tanto como yo pasar juntas unas fiestas como esas. Ya nos habíamos perdido demasiadas.

Al día siguiente regresamos en un taxi a París, el viaje fue un poco más corto que el de Toulouse a Nantes, así que sobre las seis de la tarde ya estábamos entrando por la casa de la familia Dubois.

Me quedé en la cocina contándole a Camille todo, Jules con ella se desahogaba mucho y sabía que él, cuando sus padres faltasen, iba a ir a buscar las respuestas de su familia biológica, así que cuando le conté todo lo mío, se puso las manos en la boca incrédula por todo lo que había pasado tanto en Toulouse, como en Nantes.

El padre entró por la cocina mirándome y arqueando una ceja.

—Felicidades, me dijo mi hijo que os habéis comprometido.

—Eso no me lo habías dicho —murmuró Camille abriendo la boca y yo me sonrojé por completo cuando Nathan me dio un abrazo.

Me pareció un gesto tan bonito el que me aceptara así de esa manera, que reconozco que sentí un alivio brutal.

Esa tarde nos llevamos mis cosas a la habitación de Jules, a mí me daba mucha vergüenza por los que vivían allí pero como decía él, era algo que se tenía que normalizar por completo.

Esa noche nos acostamos pronto ya que estábamos cansados de todos esos días y no fue hasta el día siguiente a las diez de la mañana que no nos levantábamos, eso para mí era muy tarde ya que era una persona muy madrugadora.

Después de desayunar nos fuimos a la calle, me sorprendió cuando me llevó al ministerio de educación y después de identificarse, pidió la plaza para el próximo curso en enfermería. Nos dieron todos los papeles que rellenamos ahí mismo y los entregamos. Le dijeron claramente que saldría en las listas, vamos que la plaza para la tarde la tenía, tal y como habíamos pedido.

Se lo agradecí en el alma, eso me hacía mucha ilusión, tenía que retomar mi vida y ahora más, que venía con un chute de querer comerme el mundo después de darme cuenta de que la vida iba más allá de como yo la veía.

Me enseñó varios lugares que debía conocer en caso de ser necesario, tales como correos, luego el supermercado cercano a la casa y también el mercado. No iba a ser la chica de los recados, pero tampoco iba a vivir cruzada de brazos, así que les iba a ayudar en todo lo que pudiese por las mañanas y por las tardes me dedicaría a la universidad.

Yo era buena estudiante y se me quedaba todo enseguida, la verdad es que por un lado ya estaba deseando que llegara octubre y comenzar a ir a las clases de ese mi último año donde conseguiría ya el título de enfermería.

Ese día mientras comíamos en la calle, me dijo que podía seguir estudiando y conseguir la carrera de medicina, que no me tenía que detener solo en eso, que a él le encantaría ver como escalaba peldaños y conseguía todo aquello que me propusiera. Era increíble, era todo un apoyo para mí, además de ser ese hombre que conseguía hacerme suspirar con esos gestos y palabras que tenía hacia mí cuando no estaba bromeando.

La vida me comenzaba a sonreír, me daba la oportunidad de reescribir mi futuro, ese que tenía claro que no solo iba a conseguir mis objetivos, sino también hacer feliz al hombre que me llevó de la mano a conseguir recuperar lo que me pertenecía, no solo el dinero de la finca de mis padres, también esa familia de Nantes que yo pensaba que había perdido y otra que ni siquiera sabía que existía. Solo de pensarlo me ponía mal.

Regresamos a casa por la noche, justo para cenar con todos. Ese día su madre estaba muy ida y no paraba de decirnos a todos cosas sin sentido, pero aguantamos el tirón con la mejor de nuestras caras y, pese a no entender lo que nos reprochaba, le dábamos la razón en todo.

Daba mucha pena ver lo que esa enfermedad hacía con las personas.

Capítulo 9



Capítulo 9



Junio 1980

Me moría de la vergüenza cuando nos fuimos a la cama y Jules pasó de esos besos a acariciar por debajo de mi pijama mis pechos.

Pensé que me iba a dar algo. Lo deseaba con todas mis fuerzas, pero aún no habíamos llegado a ese punto de intimidad que tanta timidez me ocasionaba, pero era Jules y, con su gracia, humor y tacto, me fue desnudando lentamente hasta dejarme como me trajeron al mundo ante él que me miraba con ojos de deseo.

Me fue besando por todo mi cuerpo mientras sus manos se agarraban a mis pechos, mis caderas y me excitaba de una forma como jamás había sentido.

Flexionó mis rodillas y metió su cabeza entre mis piernas mientras agarraba mis tobillos y lamía todo mi interior, luego comenzó a mordisquear mi clítoris y comencé a gemir de placer.

Me llevó al clímax entre ahogos agitados de la respiración, había sido de lo más generoso. Me puse en cuclillas encima de él, que estaba sentado, y, me penetró. Comencé a moverme al ritmo que marcaban sus manos en mis caderas. Era la sensación de por primera vez, hacerlo en las manos perfectas. No era por comparar, pero esta fogosidad jamás la sentí con mi ex. Ni nada parecido...

Nos acostamos desnudos, abrazados, devorándonos a besos y es que, sentía que nuestros corazones latían al mismo son.

Estaba encontrando esa felicidad que todos soñamos a lo largo de nuestras vidas y ahora lo estaba viviendo en mis propias carnes.

Los siguientes días fueron una adaptación a la familia Dubois. Jules estuvo saliendo a reuniones y cosas relacionadas con todo lo que manejaba del patrimonio.

Yo comencé a unirme mucho a su madre Chloé, me daba tanta pena verla así que empaticé mucho con ella y se convirtió en mi debilidad.

Todos los días me ponía a charlar horas con ella, inclusive la saqué a tomar un café a alguna terraza, cosa que el señor Nathan me agradeció, ya que, le venía muy bien.

A veces me daba la sensación cuando me hablaba de su hijo Jules y me contaba cosas de su juventud que era como si le vinieran recuerdos, luego cambiaba la vertiente y me daba cuenta de que lo mezclaba todo. Tenía una

coctelera dentro de su cabeza y esa mujer, por mucho que quisiera, era incapaz de ver lo real y lo irreal de todo.

Además, de repente Jules era su vida y a los cinco minutos era un demonio que se había metido en su casa para reventar su matrimonio, pero lo más gracioso, es que se refería a su marido como si fuera un actor de cine, nada que ver con el Nathan real.

Todo era una locura y a ella le había tocado vivirla, el caso de estas cosas es que los que terminan sufriendo mucho son los familiares y, hasta yo, que hacía poco tiempo que la conocía me sentía triste muchos momentos en que la escuchaba y me daba cuenta del daño tan grande que tenía en su cerebro.

La abrazaba, caminaba con ella de la mano, la llevaba de tiendas y hasta le regalé una muñeca que vio en un escaparate y comenzó a decir que era su hija Layla, aquello me dejó impactada y no dudé en entrar a comprarla.

Desde ese momento iba con Layla a todos lados y hasta Camille le hizo una toquilla para que ella la abrigara en sus brazos. Todo era una locura, pero la veíamos más feliz desde que llevaba a esa bebé en sus brazos.

Nathan no dejaba de agradecerme lo que estaba haciendo con su mujer, ya que, él no la conseguía sacar mucho y yo, sin embargo, era decirle que me iba a la calle y se venía detrás cogiéndome del codo.

Jules también me lo agradecía cada noche y siempre llegaba con una sonrisa en la cara y deseando verme.

Mi vida con los Dubois estaba siendo lo más sanador que me podría haber pasado.

Con mi abuela hablé el día anterior, ya hacía diez días que habíamos regresado y era momento de preguntarle como estaba.

Se puso de lo más contenta y hasta lloró de la emoción, quedé que la volvería a llamar a la semana siguiente y me rogó que no me olvidara de ella. La avisé que cualquier cosa no dudara en llamarme y que siempre me tuviera informada de lo que fuese relevante.

A mis hermanos también los llamé a la oficina ese mismo día y pude hablar con Denis y Gerard que se pusieron de lo más contentos. Ditry estaba enseñando un apartamento y se encontraba fuera de la oficina con esos clientes.

Camille se había vuelto mi confidente, le contaba todo y ella me hablaba como si de su hija se tratase, me decía que Jules estaba más cambiado que nunca y que, pese a seguir siendo el payaso como le decía cariñosamente que a todos nos hacía reír, lo veía más centrado, más calmado y con los pies más puestos en la tierra. A mí escuchar eso me alegraba muchísimo.

Chloé aparecía con su muñeca por la cocina y nos contaba lo bien que había dormido su hija o comido. Nosotras mirábamos a la bebé emocionadas como si de una de verdad se tratase, todo para hacerla sentir feliz.

Daba rabia que no hubiera adelantos en esta época para este tipo de enfermedades, siempre andaban con los estudios y tal, pero no conseguían nada para frenar este tipo de casos, ya no era curarlos, pero sí frenarlos.

Jules me comentó de hacer un viaje con sus padres unos días, como vacaciones de verano, y a mí me pareció una idea de lo más fantástica.

Después de mucho hablarlo al final nos decantamos por Londres, así que se puso manos a la obra para comprar los vuelos en una agencia y conseguir un buen hotel.

Me hacía mucha ilusión viajar en familia con ellos, además a Londres, realmente jamás había salido de Toulouse y, de repente, con Jules me estaba haciendo un circuito que ni en mis mejores sueños.

Junto a él me había cambiado la vida por completo y lo que antes veía como algo imposible, ahora rozaba las cosas con asombro. La de vueltas que daba la vida y cuanto más por los suelos estás, paso algo que te levanta por completo.

Me hubiera encantado que Camille también viniese con nosotros, pero a ella no le gustaba ni siquiera salir de la casa, menos aún se le pasaba por la cabeza coger un avión.

Lo sorprendente es que ni a mí jamás se me hubiera pasado que me iba a montar en uno, eso era cosa de ricos, no estaba al alcance de cualquier clase obrera de las que abundaban en Francia como era mi familia, por ejemplo.

Esos días me fui con Chloé de compras, quería estrenar prendas en ese viaje y, además, me hacía falta renovar ese armario que daba pena de lo poco que tenía y, eso que, ahora tenía algo más porque una mañana Jules me llevó a una tienda y me hizo comprar un montón de prendas, que al final me regaló y no me dejó ni rechistar.

Esta vez quería colores más vivos, más divertidos, quería verme más jovial y no tan señora, que era muy joven para eso como me decía mi prometido.

Además, tenía por delante un viaje en el que quería ir acorde a la ocasión, esa que los Dubois se merecían por mi parte y es que, me habían acogido como si me tratase de su propia familia, al menos así me hacían sentir.

Chloé tenía menos brotes desde que yo la sacaba y le daba una atención que a ella le venía muy bien. Ese día en el que habíamos salido a comprar ropa estaba feliz con ese viaje y cuando se le olvidaba, yo le decía que nos íbamos a Londres y se ponía a dar saltitos con la bebé en los brazos, esa que llevábamos a todas partes, cualquiera la dejaba en casa.

Me compré un montón de prendas y complementos para combinar con la ropa, estaba tan feliz con ese viaje que me pasé el día comiendo dulces que iba comprando por las pastelerías que nos pillaban de paso, por no decir Chloé que se estaba también poniendo las botas.

Llegamos por la tarde a casa y me puse a preparar su maleta y la mía. Le escogí prendas preciosas, la verdad es que tenía un armario impresionante,

de esos que no te esperas. Ni en una tienda había tanto como en ese vestidor que ella poseía.

Esa noche caí agotada en la cama, echada sobre el pecho de ese hombre que me estaba regalando unos momentos inolvidables, en los que me había demostrado que, para el amor, no hace falta esperar una eternidad ya que este llega, te traspasa y se queda ahí desde el primer momento.

Capítulo 10



Capítulo 10



Julio 1980

Mi primer vuelo y estaba atacada de los nervios.

Me había sentado junto a Chloé y Jules con su padre en los sillones de atrás.

—Ruth —me dijo Chloé que me cambiaba el nombre cada dos por tres —¿Para qué es esta bolsa? —preguntó mirando una que había en el respaldo del asiento delantero.

—Pues es por si la necesitas, en caso de tener náuseas o echar algún papel que ya no te sirva —le dije deduciéndolo porque yo era la primera vez de iba en uno.

—Y si mi niña quiere vomitar.

—Pues se lo pones en la boca y lo echa ahí.

—Pero la voy a asfixiar.

—No, Chloé, se la ponemos con cuidado y separada un poco. Tranquila, todo irá bien —le acaricié el brazo.

—Ella nunca voló y creo que no le gusta, no se duerme —la mecía en sus brazos moviéndose sobre el asiento.

—Está un poco nerviosa, pero tiene buen color de cara, creo que es el despegue que le asustó un poco.

—Que va, yo creo que tiene gases —bromeó desde atrás Jules y me giré a mirarlo entre el hueco de los dos sillones y con la mirada le reñí. Nathan sonreía observándome mientras Jules estiraba las manos como diciendo que comprendido que ya se callaba, pero eso no se lo creía ni él.

El vuelo fue de lo más divertido, la verdad que Chloé era tan entrañable que me sacaba las sonrisas a pares.

Aterrizamos en Londres y un coche nos recogió para llevarnos al hotel que estaba en la zona de Covent Garden.

Nathan se sentó delante y los demás atrás, dejando a Chloé en medio que iba con su muñeca feliz de la vida.

—La niña está portándose genial —murmuró acariciándole la carita. El taxista miró por el espejo retrovisor con ternura, claramente se había dado cuenta de que ella no estaba bien.

—Se está portando muy bien, es más, yo creo que hoy deberíamos de buscarle unas ropitas para cambiarla.

—Sí —sonrió feliz —que solo tiene dos vestiditos.

—Eso lo solucionamos hoy, mamá.

—Claro, hijo, tienes que comprarle cosas a tu hija.

—A mi hermana, mamá —protestó carraspeando, sacándonos una risilla a todos y ella se quedó no muy convencida, como que no le cuadraba.

Iba preciosa con un vestido negro sin mangas y hasta la rodilla. Un lazo caído al lado del escote del cuello, se lo había regalado el día anterior cuando nos fuimos de compras. Además, le pinté los labios de rojo a juego con los zapatos. Era una monería, valía mucho esa mujer.

El botones del hotel nos cogió las maletas y nos llevó directos a las habitaciones que estaban contiguas.

Escuché a Chloé decirle que no había cuna para su bebé, casi me da algo de la risa.

—No se preocupe que haré todas las gestiones necesarias para que su bebé tenga su propio lugar para dormir.

—Gracias —le respondió Nathan.

Jules me miraba negando mientras colocaba la ropa.

—No te rías, pobrecita, es lo más adorable que he visto en mi vida.

—Prefiero reírme, sinceramente, la vida se compone de sonrisas, esas son las que nos enseñan el significado de ella. Hay que reír por el simple motivo de agradecer, que pese a como está, sigue entre nosotros y jamás me reiría de ella, solo me río con sus cosas.

—Lo sé —le acaricié la espalda.

—A sido una gran madre, excelente mujer, caritativa, es todo un ejemplo. A mí me dio lo que soy junto a mi padre.

—Lo sé. Pero vamos que ellos no son tan payasos como tú —bromeé y se giró pegándome a él y mordisqueando mi cuello mientras yo me moría de la risa.

—Tú sí que eres payasa y de las malas —seguía mordisqueándome ante mi desesperación.

—¡Para!

—No quiero —seguía.

Me fui a poner el pijama, pero ni tiempo me dio que ya me tenía en la cama y estaba disfrutando de cada parte de mi cuerpo mientras yo me

excitaba cada vez más.

Hacerlo con él era toda una experiencia, me dejaba cada vez más sorprendida por su generosidad y saber cómo llevarme al límite.

Caí tan rendida que no sabía si era por el viaje o por el meneo que le había acabado de dar mi prometido a mi cuerpo.

Por la mañana nos levantamos temprano y nos fuimos con sus padres a desayunar por la zona. Luego de ahí nos fuimos al centro comercial que habían acabado de volver a abrir en la plaza como atracción turística.

Chloé ese día estaba pidona y todo se le antojaba, como no podía ser de otra manera Nathan le iba comprando todo, la mimaba al más mínimo de los detalles y no escatimaba por contentarla, aunque fuese en su mundo, ese que nada tenía que ver con la realidad de las cosas.

Jules me regaló un sombrero que me quedé mirando en un escaparate y no dudó en entrar y adquirirlo pese a mis súplicas de pagarlo yo.

—No vas a pagar nada, tú guarda tu fortuna que cualquier día te dejo por otra y te las vas a tener que apañar solita —dijo bromeando, pero la dependienta que no lo conocía y lo había escuchado, no tardó en salir en mi defensa.

—Pues lo mismo te deja ella antes porque una preciosidad así cualquier hombre desearía tenerla a su lado —me hizo un guiño.

—A ver si es verdad, no veas lo cansado que estoy de ella —dijo Jules mirándome y a la chica se le quedó una cara de impresión que me tuve que echar a reír.

—Está bromeando, es muy gracioso —carraspeé.

—Lo intuí, pero se las trae.

—Bueno, esto no es nada —dije mirándolo —Me saca continuas sonrisas y creo que eso es lo que cuenta.

—También es verdad.

Y tanto que lo era, porque Jules era un hombre con un corazón de oro, lo único que tenía que estar todos los días soltando barbaridades que cualquiera que no lo conociese se echaba las manos a la cabeza.

Fuimos paseando hasta la Catedral de San Pablo, llamaba mucho la atención su estilo gregoriano y victoriano, era evidente que le habían hecho muchas remodelaciones con el paso de los años, pero era espectacular, brillaba con luz propia y a mí me dejó con una sensación de lo más bonita.

Terminamos recorriendo Neal's Yard y Jules me contó que cuatro años atrás un comerciante abrió su primera tienda de alimentos en el lugar y le fue tan bien que en pocos meses abrió más tiendas y fueron llegando más comerciantes a los que Saunders, el primero en hacerlo, le dio la bienvenida al resto.

Estuvimos comiendo por la zona y pasando también la tarde hasta que por la noche nos fuimos a ver un espectáculo a la Royal Opera House, jamás imaginé lo que iba a vivir y es que, fue lo más bonito que podía haber visto jamás, una obra de lo más emotiva.

Se me pasó el tiempo volando con aquella obra que jamás se me iba a borrar de la cabeza y es que, era la primera vez que había vivido una en directo y la obra merecía ser disfrutada por lo trabajada que estaba.

Luego nos fuimos a cenar antes de regresar al hotel, ya que el día lo habíamos aprovechado al máximo y estábamos todos agotados, al día siguiente nos esperaba otra ruta por la ciudad.

Me eché sobre el pecho de Jules y cerré los ojos, me transporté a todo lo vivido en esos días en que descubrí tantas cosas que dieron un vuelco a todo lo acontecido en mi vida.

Amaba a mis padres, pero me habían dejado una sensación de desconsuelo al saber que su locura de amor arrastró tanto dolor en Nantes y, no solo eso, que callaron la verdad a pesar de dejar a las personas que debieron proteger en muy mal lugar.

No lo entendía, por muchas vueltas que le diera no era capaz de entenderlo y, lo peor, era saber que mi padre con su otra familia, antes de abandonarla, era un señor simpático, juguetón, bromista y, sin embargo, en mi familia, en Toulouse, jamás viví esa faceta.

Mi padre siempre fue serio y arisco, a pesar de que mi madre se lo comía a besos. Ahora que sabía toda la verdad, creía que mi padre se arrepintió de lo que le hizo a su primera familia, de ahí que nunca estuviera de humor o con una sonrisa cómplice con mi madre o conmigo. Era una teoría que iba cobrando fuerza porque en Nantes todos lo recordaban por su desparpajo y simpatía, nada que ver con la persona con la que conviví veintiún años.

Y lo que más me dolía era mi abuela, ese sufrimiento de perder una hija en vida y no saber dónde estaba, cómo le iba, nada hasta que llegué yo y no con las mejores noticias que ella, como madre, pudiera esperar, todo lo contrario, como decía ella, no había nada más doloroso que enterrar a un hijo y ella por desgracia, lo tuvo que vivir.

Capítulo 11



Capítulo 11



Julio 1980

—Arriba, perezosa —mordisqueaba mi barriga causándome cosquillas.

—Para, por favor, no me puedes despertar así.

—Claro que puedo, vamos, como que lo estoy haciendo —subió hacia arriba y me besó —Vamos, que mis padres ya los escuché que se fueron hacia la cafetería.

—¿Y por qué no me avisaste antes?

—No tenemos la culpa de que sean tan madrugadores.

—Venga, vamos, no me gusta hacer esperar.

—A ellos les gusta disfrutar de varios cafés en un desayuno de lo más relajado.

—Como a ti, ya sé a quién sales.

Nos fuimos a darles el encuentro ya que estaban en una terraza donde quedamos en vernos. Su padre nos saludó, pero vi en sus ojos ese día más tristeza y en un momento que Chloé se levantó para mecer a la muñeca y dar vueltas por ahí, aprovechó para comentarnos.

—Está cada vez peor, esta mañana le ha dado por mí diciendo que soy un espía ruso y que quiero sacarle información secreta. Ni un solo momento me reconoció como esposo.

—Papá, sabemos que por desgracia esto va a ir a más y tienes que estar preparado.

—Lo sé, hijo, pero la echo mucho de menos.

—Te entiendo, pero puedes disfrutarla a su forma. Hay que sonreírle a la vida.

Volvió a aparecer con la muñeca y se sentó mirándonos a todos.

—Están vigilándonos, quieren saber dónde guardamos las armas —
murmuró susurrando y mirándonos seriamente.

—No hay problema, yo les diré que están en China y que tienen que ir a buscarlas a la casa presidencial —le dijo en voz baja el hijo y Nathan negó sonriendo.

—No, en China no, diles mejor en los Estados Unidos de América que eso asusta más.

—Vale, mamá, has tenido una genial idea.

—No soy tu madre, soy de la CIA.

—Vale, vale, me había equivocado, perdone usted mi error.

—Pídeme un chocolate bien caliente para disimular.

—Pero hace mucho calor para eso.

—Tengo mi cuerpo preparado —seguía murmurando.

Jules le seguía la conversación bien y hasta ella se metía más en el papel. Yo tenía un nudo en la garganta y en el estómago, me hubiera encantado disfrutar de esa mujer en su sano juicio, pero, bueno, de algún modo tenía que dar gracias a Dios por conocerla, aunque fuese así. La adoraba, me había creado con ella un vínculo muy especial y afectivo a pesar de las circunstancias.

Escuchaba a lo lejos una banda muy conocida, *Steel Pulse*, era de mis favoritas junto a *The Clash*, aunque en Londres la tendencia era *Lovers Rock*, los más mediáticos y comerciales.

Quería evadirme de esa situación que se estaba viviendo y que tan bien Jules llevaba, ese día estaba empeñada con lo que era de la CIA y, lo que no

sabíamos, que íbamos a tener para largo con ese tema.

Ese día teníamos un conductor privado para nosotros ya que, íbamos a hacer una *city tour* por la ciudad.

—Cuidado que el conductor es un espía —murmuró Chloé en mi oído.

—Me he dado cuenta, pero tranquila, Jules tiene todo bajo control.

—Vale, yo sigo cuidando a mi bebé que hoy tiene fiebre.

—¿Le has dado los medicamentos?

—Sí, diez pastillas y dos supositorios.

—Mamá, hoy la niña se va a portar muy bien —dijo Jules en plan de broma por la de pastillas que se suponía que le había dado.

—¿Tú también estás disimulando? —le preguntó a su hijo sacándonos una risilla.

Nathan había puesto en conocimiento del chófer, con el que estaríamos todo el día, la situación en la que se encontraba Chloé para que no se sintiese ofendido por nada de lo que escuchara ni mucho menos extrañado pensando cosas raras de nosotros.

El hombre sonreía escuchando a mi madre y lo hacía desde el cariño, sabía la delicada situación en la que se encontraba y eso hacía que todos la

tuviéramos como si de la pieza más frágil se tratase.

Fuimos a la Tower of London a ver esa fortaleza que remontaba novecientos años atrás y luego aprovechamos para ver justo en frente el Tower Bridge.

—¿Va a salir la reina a recibirnos?

—No —reí— ellos viven en palacio, esto es una torre.

—Pues nos podríamos venir a vivir aquí. Dile al feo este —se refirió a Jules, pero bromeando porque a ella le salía ese humor parecido al de su hijo— que saque unas moneditas y le pague a ese guardia para comprar la torre desde la que podremos vigilar todo.

—Ahora mismo voy y la compro, bueno, más tarde, que no haya tanta gente y vean el soborno que le voy a hacer.

—Vale, pero no se te olvide.

—No osaría a eso —arqueó la ceja.

De allí nos fuimos al impresionante edificio gótico llamado Abadía de Westminster que fue declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad.

Yo estaba alucinando con todo, la verdad es que aquello me parecía una preciosidad, muy diferente a París, las dos preciosas, aunque Francia me

parecía más señorial.

Simplemente eran diferentes, pero las dos brillaban con fuerza dentro de su estética.

Jules me llevaba de la mano o por el hombro, no dejaba de agasajarme con besos en la mejilla que me hacían sentir de lo más especial. Era todo un regalo de la vida el haber conseguido sentirme como una más en esta familia que no solo me abrieron sus puertas, también su corazón.

Después de comer en un restaurante que la verdad que salimos muy contentos, nos dirigimos a las afueras de la ciudad para ir al castillo ocupado más antiguo del mundo el Windsor Castle.

Lo que me pude reír ahí fue lo más grande que recordaba en los últimos tiempos. A Chloé no se le ocurrió otra cosa que ponerse a explicarle al soldado que ni se movía toda la historia de su hija y que su padre un afamado actor de Hollywood las había abandonado.

A ese pobre chico hasta se le escapó una dulce sonrisa y es que eso era lo que conseguía Chloé con todo el mundo.

Después mientras paseábamos por aquellos alrededores le dio la niña a Nathan de una forma que no esperábamos.

—Cuida a tu hija un rato que ya va siendo hora de que asumas las responsabilidades como padre —le dijo tirándole al pecho a la muñeca y a Jules se le escapó una risa al ver la cara del padre con esta sobre el pecho —

Y más vale que la trates con el mayor de los cariños o te juro que no regresas a Alemania vivo.

—Ya lo cambió de ciudad —murmuró Jules causándome otra risa.

Mientras cenábamos ya al lado del hotel, tenía la sensación de que el tiempo pasaba muy rápido. Estaba feliz descubriendo esa ciudad de la que tantas veces había escuchado hablar y había visto en la tele.

Chloé se negaba a probar bocado durante la cena porque decía que había engordado cinco kilos, para verla, tenía un cuerpo escultural y estaba mejor que una de treinta, pero de ella y esas lagunas de su cabeza salían todo tipo de cosas y ahora le había dado por ahí. Ni siquiera quiso tomar un yogur o un vaso de leche, simplemente bebió agua diciendo que era lo más diurético.

Cuando salimos de cenar se me ocurrió algo y es que me planté en el escaparate de una heladería y me puse a mirarlo y hacer gemidos de placer por lo bueno que estaba todo.

—Yo quiero uno de vainilla —murmuró señalando hacia él y le hice un guiño a Jules.

Nathan me sonrió por la perspicacia con la que había actuado, aunque fuese un helado algo se iba a echar al estómago que era lo que todos pretendíamos.

Paseamos un rato ya que la noche estaba perfecta y todo estaba muy ambientado, inclusive nos sentamos en una terraza a tomar algo viendo el ir y venir de la gente.

Me gustaba esta ciudad de noche, era muy movidita y tenía un ambiente muy agradable. Eso sí, era más bohemio que París, que allí se vestían como si fuesen a subirse a una pasarela.

Regresamos al hotel pasadas las doce de la noche. Nos despedimos de ellos quedando en vernos de nuevo a la mañana siguiente durante el desayuno. Me hizo gracia que Chloé se giró y me dio un abrazo muy fuerte y luego me pidió que le diera otro a su hija. Abracé a la muñeca y hasta le dije que la quería. Se fue de lo más feliz al ver eso.

Chloé cuando me abrazó me dijo algo que me dejó con una sensación extraña.

—Eres de lo mejor que pudo aparecer por mi vida...

Además, lo sentí con un tono muy diferente al que hasta ahora le había escuchado hablarme, hasta se me puso la piel de gallina por una extraña sensación que había percibido en esas palabras y que no podía describir.

Cerré los ojos y pensé en lo bonito que estaba por llegar al día siguiente...

Capítulo 12



Capítulo 12



Julio 1980

Despertamos juntando nuestros cuerpos y formando uno solo que bailaba al ritmo de nuestros corazones.

Así me sentía yo junto a Jules en esos momentos en que nos devorábamos en la cama sintiendo que tocábamos el cielo con las manos.

Llegamos a la cafetería y Chloé estaba de lo más sonriente. Nathan nos comentó que le habían invitado a pasar la mañana en un casino y Jules dijo que él se apuntaba.

—Pues Chloé y yo, nos vamos de tiendas por aquí y nos vemos a la hora de la comida en la puerta del hotel si os parece.

—Claro —dijeron padre e hijo a unísono y Chloé se puso a aplaudir emocionada.

Pues como que entre la frase de la noche anterior y ahora, veía algo diferente, tenía una sensación cada vez más extraña.

Tras el desayuno nos despedimos de ellos y comenzamos a caminar, ella iba agarrada a mi brazo cuando tiró de mí hacia una terraza.

—Nos vamos a tomar dos cafés las dos solas —murmuró sentándose y dejando a la muñeca en otra silla bocabajo, tratándola como jamás hizo.

—¿Estás bien, Chloé? —pregunté preocupada, sabiendo que ella nunca lo estaba por esos cambios de humor y forma de ser.

—Bueno, ahora que estamos solas, mejor que nunca.

—¿No te gusta la compañía de ellos? —pregunté a modo regañina.

—La de mi hijo sí, la de Nathan no —lo dijo en un tono que me dejó blanca, no entendía nada.

—Chloé, tu marido te ama —le dije acariciándole la barbilla.

—¿Puedo confiar en ti?

—Claro.

—No tengo demencia, no la tengo, Emma.

No sabía que responder, no sabía si me estaba diciendo la verdad o estaba en un episodio que parecía real como lo decía.

—Claro que no, ni te preocupes por eso —murmuré por si había escuchado algo.

—Emma, que no tengo demencia —cogió mi mano —Que sé quién es mi hijo, mi marido, Camille y quién eres tú y lo que te ayudó mi hijo a recuperar. Lo sé todo, hago como que no me entero y que estoy en otro mundo, pero es un modo de defensa —se le comenzaron a caer las lágrimas —. Por cierto, la muñeca es lo peor que me pudiste regalar —rio entre lágrimas.

—Chloé, ¿qué está pasando? —pregunté temerosa.

—Hay una historia detrás muy complicada, Emma. No tengo a nadie en quién confiar.

—¿Y Camille?

—Ese es otro problema.

—No entiendo nada, Chloé —pregunté echándome hacia atrás cuando nos trajeron los cafés.

—Verás, no sé si me la estoy jugando en contártelo a ti, pero después de las semanas que llevas con nosotros, algo me dice que lo puedo hacer.

—Hazlo, Chloé, dame una razón, de lo contrario no puedo entender nada, ellos se supone que creen que tienes demencia.

—No se supone, tienen claro que la tengo.

—Y, ¿cómo puedes hacerles esto?

—Me duele por mi hijo, me da miedo que al descubrir ciertas cosas pueda perderlo.

—Después de todo lo que descubrí con mi familia, nada me extrañaría, solo te pido que seas sincera, me da miedo saber que pasa algo que se me escapa de las manos.

—Pasan muchas cosas, voy a ir por partes ¿vale?

—Vale.

—Cuando conocí a Nathan mis padres poseían toda una fortuna en propiedades por París heredada de mis abuelos paternos que eran de una clase social muy alta, así que mis padres las explotaron hasta que yo me casé y me donaron más del ochenta por ciento de ellas hasta que murieron y me quedé todo.

—Entonces es de tu familia todos los bienes que poseéis.

—Sí, bueno ya son más.

—Sí, sí, solo me refería al hecho de que la fortuna venía por tu parte — yo me quería empapar de todo porque algo me decía que ahí iba a salir una bomba atómica que iba a explotar en toda mi cara.

—Pues sí, por mi parte. Nathan era un hombre de familia de clase obrera, casi sin recursos, pero yo me enamoré de él nada más verlo y él parecía que también de mí, al menos eso me pareció —por su gesto vi que era ironía y que no era así.

—Entiendo.

—Nos casamos y fue cuando mis padres me dieron ese ochenta por ciento para que ahora lo explotásemos nosotros y nos hiciéramos de otra fortuna.

—Os lo pusieron fácil.

—Demasiado para lo poco que se merecía este cabrón —aquello sonó tan fuerte que me quedé sin aliento.

—Sigue por favor —murmuré poniéndome más nerviosa de lo que ya lo estaba.

—Me casé más enamorada de lo que la gente se podía imaginar y, no solo eso, hasta más lo que yo misma creía porque a ese hombre lo he amado hasta la saciedad.

—Y ahora ¿lo amas?

—Ahora lo quisiera ver colgado de un pino y bocabajo hasta quedar sin oxígeno.

—No sé qué decir. Sigue.

—Con el tiempo nos dimos cuenta de que no podíamos tener hijos, no había forma de conseguirlo así que hablamos de la adopción.

—Y de ahí que adoptarais a Jules.

—Efectivamente, lo peor es que se encargó de todo Nathan, todo el trámite de la adopción, así como de las propiedades que me habían donado mi familia. Él siempre se encargaba de todo como buen hombre que era —lo dijo con ironía.

—¿Y no lo era?

—El mismo demonio, es el mismo demonio.

—No lo parece —mi voz estaba ronca del nudo que tenía en la garganta.

—La adopción creo que fue la más rápida del mundo, en menos de un mes, teníamos a Jules en nuestro hogar. Y me sentía la madre y mujer más feliz del mundo, por no decir afortunada, que lo era y no solo por poseer una de las mayores riquezas del país, sino por tener ese bendecido hijo entre mis brazos.

—¿Y qué paso para que todo eso se desvaneciera y tuvieras que fingir una demencia que causa tanto dolor en los que estamos a tu alrededor?

—Solo me importa Jules y, ahora, tú. A Nathan y a Camille los puede pillar un autobús y que mueran entre sufrimiento, ese que me han causado a mí.

—Continúa, necesito entenderlo todo.

—Hace diez años, yo me encontraba enferma con mucha fiebre y esa noche abrí los ojos y vi que Nathan no estaba a mi lado.

—Vaya...

—Fui sin hacer ruido por la casa y lo escuché murmurar hablando con Camille y, no solo eso, me asomé con cuidado y la tenía frente a él acariciando su mejilla y besando sus labios.

—¿En serio? —se me cayeron las lágrimas por las mejillas.

—Lo más doloroso es que estaban hablando de como Nathan había sobornado al juez para que no procediera al juicio por la demanda interpuesta por la familia biológica de Jules, ya que, piensan que su bebé no nació muerto y fue vendido a alguna familia pudiente.

—Ay Dios —me puse las manos en la cara y recordé todo lo que me había dicho Jules de ir a buscar la verdad porque nunca se sabe que puede

haber detrás de ella. Pues ahora tenía una razón bien fuerte para saber que pasó.

—Me puse a investigar todo a escondidas de Nathan y lo que descubrí fue rocambolesco. Las monjas pagadas por mi marido habían hecho creer a la familia de Jules que murió al nacer, cosa que después ellos han luchado para que se les demuestre pero que Nathan por el poder que cogió en la sociedad tras casarse conmigo, frenó siempre ese proceso.

—Estoy que no me lo creo.

—Lo peor de todo es que Jules descubrió que era adoptado por una conversación de su padre con Camille, pero este no los descubrió besándose ni nada, solo fue un comentario por un certificado, por lo que también descubrí que nuestro hijo estaba inscrito como si hubiera nacido aquí y de mí, nada de adopción, aquello me dejó más helada aún. Habían fingido, pagado o lo que sea, para que constara como hijo biológico nuestro.

—Ay Dios.

—Y, además, descubrí que no solo había pagado para que robaran un niño, sino también que llevaba con Camille una relación prolongada en los años, ella casi que vino a la casa cuando nos casamos, algo me hace pensar que ya estaban juntos de antes y que todo esto estaba hecho para que tuvieran una vida más cómoda, lo que no entiendo como ella aceptó siempre nuestra criada.

—No sé qué decir...

—También he descubierto que me hizo firmar unos poderes, engañándome, para gestionar todo mi patrimonio, aquello me hizo desvanecer por completo y darme cuenta de que el asunto era más grave de lo que pensaba.

—¿Tiene todo en su poder?

—Sí. Yo sé que, si mi hijo se enterase, le plantaba cara y se lo quitaba todo, pero para contarle eso también le tendría que contar la dura realidad de su procedencia y me da mucho miedo que se enfrente a eso que para él va a ser el mayor palo de su vida.

—Jules me dijo que cuando faltarais no iba a parar hasta descubrir por qué sus padres lo abandonaron en un convento.

—¿En serio?

—Creo que deberías de sincerarte con él.

—Yo solo vi como vía de escape fingir la demencia, así Nathan no estaría en la obligación de tratarme como hacía, sin sentirlo ni de venir cada día con mentiras que ni él se creía. Quería escapar de sentirme su juguete y, así, sería yo la que empezaría a jugar hasta asegurarme de que mi hijo se quedaba con todo lo nuestro. Su padre siempre le dijo que cuando se casase lo heredaría, pero él siempre decía lo mismo, que no había conocido aún a la chica con la que dar el paso más importante de su vida, hasta que llegaste tú, no sabes lo que cambió mi hijo.

—Eso me dijo Camille.

—Pues te lo digo yo que soy su madre, no sabes lo que cambió, como te mira, como actúa, está más vivo, feliz, está mejor que nunca.

—Deberías de contarle la verdad a Jules.

—Tengo miedo de perderlo —me decía mientras comenzaron a rodarle unas lágrimas por las mejillas.

—No lo vas a perder, tú no tienes culpa de nada.

—Me da miedo que su padre haga algo y nos deje en la ruina, es muy mala persona.

—Seguro que Jules sabe gestionar la situación, no te quepa duda de ello. Confía en tu hijo, él te adora. Y, por cierto, eres muy valiente y entiendo que tuviste que tirar de tu mente para poder salir de alguna forma de todo esto. No te puedo juzgar, solo te puedo compadecer y espero que esto se solucione. Nathan me decepcionó por completo. Ahora entiendo muchas miradas de Camille que antes pensaba que no eran normales y esas sonrisas que se regalaban el uno al otro fuera de la ternura...

—Me engañaron y me trataron de estúpida, ella sabe más de lo que imaginas, se las sabe todas y siempre intentó llevarse a su terreno a nuestro hijo.

—Habla con Jules, yo haré que tengáis ese momento, pero debes contarle la verdad urgentemente, no debe perder más tiempo esperando respuestas que pueden llegar demasiado tarde. Eso lo aprendí de él y, también tiene derecho a saber qué pasó con su otra familia, incluso aunque los conociese, no por eso te iba a querer menos. Te repito, tienes un hijo de lo más generoso y justo, él no te va a juzgar, tú no tienes culpa de nada.

—Nathan no se puede enterar de nada.

—Claro que no, no se enterará, confía en Jules. Se va a llevar un mazazo muy grande con su padre, pero debe afrontarlo.

—Lo haré, pero mientras tanto recuerda que hoy soy de la CIA y mañana la hija de vete tú a saber quién. Reconozco que a veces hasta me lo paso bien viendo en la situación que los pongo y como hacen todos por darme la razón.

—No me cabe la menor duda —reí negando y digiriendo el *shock* que me había causado toda esa historia.

Capítulo 13



Capítulo 13



Julio 1980

Después de un abrazo y prometerle que no le iba a fallar, además de transmitirle rotundamente que tenía todo mi apoyo, nos fuimos hacia la puerta del hotel a darles el encuentro.

Yo me encontraba como si me hubieran dado una paliza, me sentía sin fuerzas y es que, aquello sabía que iba a provocar mucho dolor en mi prometido, pero, al igual que me ayudó a enfrentar mi realidad, yo le ayudaría a enfrentar la suya y es que nada a su alrededor era lo que parecía.

Jules nos abrazó y su marido hizo lo mismo, pero con dos besos, la verdad que era increíble como Chloé se metía en su papel sin más, era lo que venía haciendo casi la última década.

El problema era que ahora era conocedora de la verdad y que cualquier cosa que hiciese yo lo iba a interpretar como el papel de su vida y los demás seguirían creyendo que era el poder con el que la azotaba esa demencia.

Era nuestro último día en Londres, así que después de comer en un bonito restaurante donde cada plato era digno de un premio, nos fuimos a pasear por la ciudad.

Todo había sido un *shock* para mí, demasiado, no sabría decir que historia era más fuerte si la de mi familia o la de la suya.

Ese día, aunque intentaba disimular la mirada se quedaba fija, mirando hacia un mismo punto y comenzaba a pensar en todo lo que me había dicho. No me esperaba para nada que Nathan, ese que parecía un gran hombre, fuese una persona sin alma, sin corazón, porque para hacerle esas cosas a su mujer y, encima, ser capaz de pagar por una vida humana, solo había una respuesta, era un ser despreciable sin los más mínimos sentimientos, al igual que Camille, que no solo era la otra, también era conocedora de toda la historia de la que ella se venía aprovechando.

Jules me preguntó en varias ocasiones si me pasaba algo y siempre le respondía lo mismo, que ese día me notaba muy cansada, además me había venido el periodo y me sentía muy débil.

Regresamos al hotel a eso de las once de la noche y, como le prometí a Chloé, iba a dejar que fuese ella quién le contase todo a su hijo en un momento que viéramos que era el idóneo, pero ya en París.

Me costó muchísimo conciliar el sueño y es que, estaba de lo más agotada mentalmente con toda esa información que me había dado Chloé, y, ella, estaba igual. Todo era muy difícil de digerir.

Al día siguiente cogimos un vuelo temprano, no sabía cómo se iba a desencadenar todo, con Chloé me estaba dando cuenta que, a partir de ahora, sería como una noria que te mantiene sin un equilibrio constante.

Estuvo todo el vuelo diciendo que la niña tenía fiebre más alta de lo normal y que no iba a dar tiempo aterrizar para que la salvaran los servicios de emergencia. A mí me iba a dar algo de verla en ese papel sacando de quicio a Nathan y es que, se cambió con Jules y se sentó detrás con él.

Mi prometido me miraba negando, dejando entrever que la que le estaba cayendo a su padre no era poca cosa. Lo peor de todo es que yo sabía que era un papel por parte de su madre y que cada vez estaba poniendo más desquiciado a Nathan, ese que siempre intentaba aparentar tranquilidad, que no sabía ni como lo conseguía con la de daño que causó en su vida.

Estaba deseando que conociese la verdad, que pudiera decidir cómo gestionar todo con cada una de las personas que conformaban su vida, tenía derecho a saber que nada era como imaginaba y que no solo tenía que ir a buscar la realidad de sus orígenes, sino que tenía un gran secreto en sus mismas narices, azotando cada día de su vida y, sin que nada se notase.

Por otro lado, compadecía a Chloé, pero también pensaba que debió sincerarse con su hijo, del que estaba segura de que se hubiese posicionado de su parte, pero por otro lado la entendía, quería que su hijo fuera el administrador de todo para así no correr riesgo su estabilidad económica ni la de Jules.

Lo de mis padres, por ejemplo, no lo veía como lo de ella, mis padres hicieron daño a sus familiares siendo conscientes de lo que provocaría eso en ellos. Dejaron tirados no solo a madres y esposa, también a tres criaturitas que no tenían culpa de nada.

Jamás imaginé que la vida pudiera esconder tantos misterios en torno a mí, pero tampoco entorno a Jules, era sorprendente como se te caían idealizaciones que ahora no se podían sostener de ninguna de las maneras.

Sentía que ni siquiera estaba ahora en mi lugar, era como si me hubieran desprendido de golpe y porrazo. Debía ser mi subconsciente que se preparaba para la caída de una familia que, de ojos al mundo, era perfecta, nada que ver con los entresijos que se escondían entre esas paredes.

Aterrizamos en París y un taxi nos llevó hasta la casa donde nos recibió Camille entre abrazos y que, cuando piroteó a Chloé me dieron ganas de echarle una mirada endemoniada que se quedara paralizada, pero por mi promesa a la madre de Jules no hice nada más que hacer de tripas corazón e irme a la habitación a deshacer las maletas.

Bajamos a comer ya que Camille nos había preparado la comida. Un pescado al horno que nos sirvió con patatas al gajo.

Jules me miraba preocupado y es que, aunque intentaba que no se me notara, estaba muy afectada, pero ante él culpaba al periodo que me tenía de esa manera.

Ese día descansé después de comer, decidí acostarme un rato, lo necesitaba, al menos cerrar los ojos e intentar dejar la mente en blanco. Jules aprovechó para salir a hacer unas gestiones.

Cuando me levanté le dije a Chloé si le apetecía salir a tomar un café y me dijo que sí.

Camille me miró como agradeciendo que tuviera esos gestos con ella, en el fondo lo que se alegraba es que la quitara de en medio, para ella era un estorbo cuando realmente lo era ella, no Chloé.

—Gracias por sacarme de la casa, te juro que no aguanto tenerla a mi lado todo el día, pero vamos, que yo la vuelvo majara.

—Me da mucha cosa cuando parece que no eres consciente de la realidad.

—Y a mí, mi madre murió con demencia y no sabes lo que sufrí, por eso me da pena de Jules, pero tengo mucho miedo que su padre le haga una de las suyas y sé que esto era la única salida para conseguir que me dejaran de dar importancia y se relajaran —se echó a llorar —A mí me da mucho dolor utilizar algo así, pero es que no veía otra salida y estaba muy sola.

—No llores más, Chloé. Tenías que protegerte con algo, no llores, pero, a Jules no puedes tardar en contarle la verdad, no lo hagas, él no se merece vivir este sufrimiento de saber que no lo reconoces y, aunque le ponga mucho humor como escudo, sé que lo está pasando mal.

—Has llegado como un soplo de aire fresco, no te imaginas el bien que nos estás haciendo.

—Amo a Jules y, por ende, lo haré con cada persona que lo ame de corazón a él y tú sabes que eres una de ellas.

—Gracias, cariño —me abrazó fuertemente sosteniendo en su mano a la muñeca.

—Por cierto, deja la muñeca un rato que no veas lo pesado que debe ser estar todo el día con ella en brazos —me reí.

—Al final le tengo hasta cariño, hasta duermo abrazada a ella y me la como a besos cuando nadie me ve.

—Dicen que el apego hace el cariño.

—Pues eso, que esta se va a llevar todo el del mundo.

Pasé toda la tarde con ella y regresamos a la hora de la cena. Nathan estaba que se quedaba dormido en la mesa y fue el primero en irse, al menos un cerdo menos en esa cocina, con perdón, pero es que lo sentía así.

Yo me fui después de Chloé y Jules también se levantó siguiéndonos. Camille se quedó recogiendo los platos, ahora sí que no le iba a quitar de la mesa ni el mío.

Me abracé a mi prometido fuertemente y comencé a llorar.

—Te tiene el periodo muy sensible, amor mío.

—Sí, pero ya se me pasará —odiaba tenerle que mentir, pero era de forma piadosa, al menos así lo veía hasta que su madre le desvelara todo.

Capítulo 14



Capítulo 14



Julio 1980

Le propuse a Jules irnos a pasar la mañana con su madre y fue entonces, cuando llegamos a esa terraza a tomar algo, que les dije que tenía que irme un rato, había llegado ese momento que los dos se merecían.

Mi prometido me miró sin entender nada y yo, solo estiré mi mano pidiendo a Chloé que me diese la muñeca, en ese momento eso ya no tenía cabida y la coloqué en la silla más lejana a ella.

—En un rato regreso —le di un beso en la mejilla a cada uno y los dejé ahí.

Era su momento, ese que sabía que los dos necesitaban y, a su madre le había faltado alguien como yo, que la empujara a hacerlo, a quitarse esos miedos. Hay cosas que se nos pasan por la cabeza muchas veces, les damos muchas vueltas, causándonos que no fuésemos capaces de reaccionar ante algo que no debíamos dejar de pasar el tiempo.

Y, aunque ella tenía sus dudas, ni siquiera que se me había pasado por la cabeza que su hijo la iba a juzgar, estaba segura de que no, en cambio su padre no creo que fuese a correr la misma suerte, conociendo a Jules esto lo iba a solucionar y por la vía rápida.

No dejaba de pensar en cómo estaría Jules en este momento, recibiendo toda esa información de golpe. No aparecí por allí hasta una hora después. Los vi de lejos acariciándose la mano por encima de la mesa y eso, ya me lo decía todo.

Me acerqué a Jules que se levantó y me abrazó, sabía que ya era conocedor de que yo lo sabía todo.

—Gracias por ayudar a mi madre a dar el paso y por regalarme a mí la posibilidad de saber cómo gestionar mi vida real y no la que creía que estaba viviendo.

—Lo aprendí de ti —sonreí con tristeza y me giré para abrazar a mi suegra.

—Emma, como comprenderás esto no es una cosa que se arregle llegando a casa y metiendo dos gritos. Aquí hay una realidad y es que todo lo que le pertenece a mi madre, está en manos de ese ser, pero, hay un acuerdo firmado que, si me caso, todo pasa a estar gestionado por mí.

—Lo sé.

—No era así como te lo quería pedir, es más, no pensaba hacerlo hasta que te hubieras sacado este curso y terminaras la carrera, pero ahora además de que te lo iba a pedir por el amor tan grande que siento hacia ti, necesito pedirte como favor también que...

—Sé que ahora el que nos casemos os solucionará la mayoría de los problemas, no me tienes que convencer, nos casamos hoy mismo si quieres, no necesito ni vestido, ni convite ni nada por el estilo. Contad conmigo — les agarré las manos y ambos besaron a la vez mis mejillas.

Regresamos a la casa y Jules comunicó nuestra decisión de casarnos. Tanto Camille como Nathan tuvieron que fingir que la noticia les hacía felices, de todas maneras, ya se habían aprovechado bastante de todo porque era curioso que Camille tuviera dos propiedades adquiridas con dos años de diferencia hacía cinco años. Obvio que estaban sacando dinero de aquella manera y eso lo descubrió Jules que estaba haciendo averiguaciones desde un tiempo atrás, nos lo había confesado hoy.

Al día siguiente nos fuimos con su madre a hablar con el cura para buscar fecha para la ceremonia, no dudaron en darle cita para el sábado siguiente, nos casábamos dentro de diez días.

Después fuimos a buscar dónde celebrar el banquete, aunque solo íbamos a invitar a los más íntimos decía que había que hacerlo por todo lo alto para no levantar sospechas.

Llamé a mi abuela y hermanos para contárselo y animarlos a venir, pero iba a ser imposible por los compromisos que tenían ellos y mi abuela

porque no se encontraba con ánimos para un viaje así, dado que su prima había dado un bajón. Eso sí, se pusieron todos muy contentos y me reiteraron que, aunque no estuvieran presentes, lo estarían de corazón.

Me entristeció, pero lo comprendí todo.

Chloé me ayudó a elegir el vestido de novia, era tipo princesa, pero sin parecer tan ostentoso, la caída de abajo tipo campana. Los tirantes eran anchos y estaban bordadas a mano, una maravilla que quedaba con un escote finísimo cuadrado y todo entallado hasta la cintura donde comenzaba la caída de la falda. Era precioso, las dos nos emocionamos mucho.

Me iba a casar con mi héroe, así lo veía yo, ese que no llevaba capa pero que hacía lo que fuese por solucionar el mundo y, sobre todo, el de las personas que él quería. Ahora le tocaba arreglar el suyo y, si yo, casándome con el hombre que amaba contribuía a eso, estaba preparadísima para dar el sí quiero.

En esos momentos Camille quería estar al tanto de todo, hacía diez mil preguntas que mi suegra con eso de no estar en sus cabales conseguía ignorar y que yo iba esquivando a mi manera pese a su insistencia. Si quería saber que se metiera a detective.

Chloé miraba a la muñeca de manera que entendía que eso iba como si lo hiciera conmigo, era el reflejo de lo que sentía con las preguntas que me hacía Camille.

Sin embargo, Nathan, no preguntaba y parecía estar de acuerdo con todo y no solo eso, se le veía nervioso, pero en su mundo, muy nervioso, tras esa calma que quería aparentar...

Ayudé a Chloé con su ropa para ese día, ella iba a ser la madrina y a mí me llevaría el mejor amigo de Jules que decía que venía de Holanda ese mismo día. Eso a Nathan imagino que lo dejó con la mosca detrás de la oreja, pero bueno, seguro que Jules le dijo algo que lo hizo quedarse tranquilo. Hasta firmar ese papel de matrimonio teníamos que andar con pies de plomo.

Estaba muy emocionada con ese enlace al que le faltaban pocos días y, a pesar de saber que eso sería el desencadenante de un montón de cosas, deseaba con todo mi corazón convertirme en la mujer de Jules, ese hombre que conquistó mi corazón desde el primer momento.

Chloé al final terminó de lo más contenta con su vestido rojo largo y atado a la cintura con corte griego que le quedaba impresionante en ese cuerpo tan espectacular que tenía.

No dejaba de decirme lo contenta que estaba con que me casase con su hijo y la paz que a ella le daba, ante todo.

—Lo que me faltaba es que se hubiera enamorado de una arpía que viniese a enredar la cosa más de lo que ya está —murmuraba feliz de ir conmigo a elegir todo lo que se pondría ese día y que, por ahora estaba saliendo de lo más contenta.

—Todo va a ir bien a partir de ahora, algo me dice que es tiempo de reescribir un nuevo capítulo de nuestras historias.

—Por cierto, te quería decir algo —carraspeó abrazada a su muñeca ya que seguía con ese papel por si alguien nos veía —Ni se te ocurra no acabar este curso que comenzarás en septiembre, debes terminar la carrera.

—A mí me hace mucha ilusión acabarla, así que tranquila —sonreí — Además, tu hijo quiere que tras este curso siga estudiando la carrera de medicina.

—Pues sí, es una magnífica idea ¿Y tú que dices?

—Hombre, me encantaría, antes ni lo pensaba por el coste que tenía y que mis padres no podían afrontar, pero ahora con el dinero de la finca me puedo permitir pagarlo.

—Cariño, para eso también estamos nosotros, aunque conociendo a Jules no creo que te deje pagarlo.

—Eso me dijo, pero a mí no me gusta que me vaya pagando todo.

—Es todo un caballero.

—Lo sé, pero no me gusta aprovecharme en esta vida de nada.

—No te aprovechas, vas a ser su mujer, parte de esta familia, bueno, de lo que quedará de familia porque dos tienen los días contados en la casa —

se refirió a su marido y a Camille.

—Imagino que sufriste mucho descubriendo esa deslealtad entre ellos.

—Si te digo la verdad, me dolió mucho más descubrir lo que se les hizo a los padres biológicos de Jules, debe ser doloroso que te digan que lo perdiste sin más. Normal que anden luchando hasta la saciedad para que le prueben algo que no terminan de creerse.

—Jules irá a buscarlos.

—Lo sé y no me importa, es más, lo apoyo a hacerlo, también tiene derecho a conocerlos y están a tiempo de recuperar un poco del que han perdido. Sé que no por eso me dejará de amar. Hay que ser justos en esta vida, ellos necesitan saber la verdad y conocer al hijo tan maravilloso que tuvieron.

—Tienes un gran corazón.

—Me gusta ponerme en el lugar de los demás.

—¿Sabes? Desde que regresamos de Londres veo de otra manera a Camille como es normal.

—Me di cuenta —sonrió.

—Pero ahora me doy cuenta de que no tiene la mirada limpia, se nota que es una persona oscura.

—Llegaste siendo muy inocente.

—Y tu hijo me espabiló en menos de cuarenta y ocho horas —nos reímos.

—Jules es especial, tiene una fuerza de luz increíble y, además, debo reconocer que me he tenido que aguantar de reír millones de veces, era adorable cuando me soltaba las cosas con mucho cariño e ironía pensando que yo no me enteraba de nada.

—Sí, me he reído muchas veces con las cosas que soltaba como cuando dijiste que la niña había intentado hablar y dijo que él también lo había oído y que pensaba que estaba pidiendo unos francos.

Pasamos un día maravilloso y nos emocionamos pensando que ya estaba ahí ese momento que pondría un punto y aparte en esa vida familiar pero que también nos convertiría en marido y mujer.

Jules también estaba con el tema de las invitaciones y los detalles para el jardín donde se iba a celebrar el banquete, en un palacio a las afueras de la ciudad que era muy frecuentado para eventos por los parisinos de la alta sociedad.

Lo estábamos preparando todo con mucha ilusión, pese a que, habíamos tenido que hacerlo precipitadamente por el asunto en cuestión.

Jules sentía mucha rabia hacia Nathan, le costaba ya nombrarlo como su padre, por no decir a Camille, que, en más de una ocasión por su cara, pensé que le iba a meter la cabeza en la olla, pero, Jules era listo y sabía cómo hacer las cosas para salir bien de las situaciones, era todo un triunfador.

Capítulo 15



Capítulo 15



Agosto 1980

Y llegó ese día tan deseado por ambos...

Estaba en una de las habitaciones de ese palacio que era un hotel para eventos y habíamos pasado la noche.

Me acababan de maquillar y peinar, hacía escasos momentos que me había puesto el vestido cuando sonó la puerta y la chica que me estaba preparando abrió un poco.

—Soy el padrino —escuché una voz conocida y me quedé en *shock*.

La puerta se abrió y vi sonriente al mayor de mis hermanastros, el de veintinueve años, casi me da algo.

—¿Te pensabas que te iba a dejar sola en un día así? —me abrazó —
Estás preciosa, venga alegre esa cara que hoy te esperan muchas sorpresas.

—No sabes lo feliz que me acabas de hacer.

—Tenía que mentirte para que este día tuvieras la grata sorpresa.

Salí de la habitación de su brazo y caminamos hacia los jardines donde, en un altar precioso, nos esperaba Jules junto a su madre y todos los invitados.

Casi me da algo al comprobar que no solo estaban mis otros dos hermanos, sino también mi abuela. Me la habían dado bien, me habían engañado tiernamente y ahora me tenían a lágrima tendida, no menos que ellos que también estaban de lo más emocionados.

La ceremonia fue preciosa, tras declararnos marido y mujer, sellarlo con un beso y firmar el documento que así lo acreditaba, Jules de forma improvisada se dirigió a mí, ante todos, agarrando mis manos.

—No es por menospreciar a cualquiera de los asistentes en esta unión que hoy se ha celebrado entre dos personas que se aman de verdad, pero te llevas al tipo más agraciado en todos los sentidos de todo París —se escucharon las risas y es que, mi ya marido, no podía dejar de bromear ni en momentos tan románticos como este, por eso lo amaba, por ese carácter que tenía —Quiero decirte que hoy comenzamos una nueva vida en común en la que damos paso al comienzo de nuestra propia familia, sin dejar atrás a los que forman parte de las nuestras, eso sí, siendo selectivos que seguro que alguna patada en el culo tendremos que dar ya que somos muchos —me hizo un guiño y los invitados lloraban de la risa pero yo eso lo vi como una indirecta muy fuerte hacia su padre y Camille, que estaba con él, a su lado,

como un perro faldero —Pues eso, que te quiero, que una mentira puede destruir el más fuerte de los lazos, pero una verdad como nuestros sentimientos, pueden unir a las personas, volviéndolas una. Que te quiero y ahora más que nunca, te necesito —me besó —Gracias por hoy haberme hecho sentir el hombre más afortunado del mundo y que sepas, que te voy a cuidar cada día de mi vida.

—Yo también te quiero —murmuré mirándolo emocionada por ese momento tan gracioso y bonito que nos había regalado a todos, sobre todo a mí.

Ni tiempo a comenzar a andar que ya tenía a mi abuela andando por ese paseíllo para venir a abrazarme.

En ese momento comenzó a sonar la reciente canción que llevaba un par de años o más sonando de forma cada vez más frecuente “La Vie en Rose”.

Vi como Jules le decía algo a su padre y le entregaba una especie de sobre que este cogió mirando hacia el suelo y marchándose hacia fuera con Camille.

Me acerqué a él y le pregunté qué contenía el sobre.

—Les he dicho que lo lean fuera un momentito, pero te garantizo que lo que contiene no los hará regresar, no los quiero en mi día, nuestro día y cuando regresemos a casa mañana, ellos ya no estarán. En estos momentos deben saber que un paso en falso que den o que intenten hacer, terminarán con el culo en la cárcel. Nos hemos venido dos días antes al palacio porque

he mandado sacar todo lo de ellos de la casa. En esa carta están las instrucciones con una llave para que lo recoja todo en un almacén. Tienen dos pisos que compraron, un dinero de la explotación de las propiedades, además de sumas que han desviado a la cuenta de ella así que les he avisado que las cuentas familiares ni las toque o se las buscará y que ahora vivan de lo que tienen y se olviden de nosotros. A ellos le hemos regalado todo eso que robaron y ellos a nosotros nos regalaron una vida de mentira, así que no se les ocurra aparecer o les he jurado que no tardarán ni dos horas en estar detenidos por delitos muy graves. Y ahora, disfrutemos de los que están aquí, ninguno tiene culpa de nada —me besó.

Agarró mi mano y comenzó a andar hacia los asistentes. Mi abuela estaba junto a mis hermanastros, esos que se habían encargado de traerla. Desde el primer momento todos pensaban venir, pero se adelantó Jules a mi llamada y los puso al tanto, pretendía que me dieran una sorpresa y vaya si me la dieron. Se iban a quedar esa noche también alojados en palacio.

Primero hubo una especie de recepción, había como cincuenta invitados de la alta sociedad de París, además de familiares maternos lejanos.

Nos tomamos unos vinos con unos entrantes antes de pasar a las mesas donde se serviría el menú nupcial que habíamos elegido.

Mi abuela vino con un sobre con dinero para mí, le dije que no, que no lo podía aceptar, a ella le podía hacer falta y yo disponía de una buena cuenta corriente por lo de mis padres.

—Emma, cariño, escúchame, con mi pensión me sobra todos los meses dinerito, yo tengo un remanente, esto lo tenía guardado con tu abuelo para tu madre por si aparecía algún día, es momento que lo tengas tú, no es que sea un gran capital, pero una ayudita en cualquier momento te puede echar.

No hubo forma de que desistiera de esa idea, al final lo tuve que aceptar porque se me puso a llorar diciendo que era muy importante que yo tuviera lo que iba a ser para mi madre, al igual que su casa el día que falleciera.

—Tú no te mueras, hazme el favor —le dije causándole una carcajada.

—Todos nos tendremos que ir algún día, pero yo estoy más cerca del cielo que vosotros.

—Bueno, que estoy recién casada, dejamos los temas fúnebres —carraspeé abrazándola.

Mis hermanos nos dieron un regalo que nos pareció una preciosidad, era un tocador de plata y en cada una de las piezas iban grabadas nuestras iniciales.

Se lo agradecí con un abrazo y beso enorme a cada uno de ellos, habían tenido un detalle precioso con nosotros, cuando solo su presencia era el mayor de los regalos que ese día me podían hacer junto a mi abuela, a esa que trataban con un cariño tremendo. Ellos eran listos y sabían que la pobre había sido una víctima más de aquella relación.

Cuando cortamos la tarta comenzó a sonar una canción muy animada que se escuchaba mucho los últimos meses *Banana Split* de Lio.

Todos los invitados se levantaron y con la servilleta en mano levantada comenzaron a bailar al ritmo de esta canción *hit*. Fue un momento de lo más divertido, de esos que sabías que se iba a quedar grabado en tu retina.

Pese a todo, nadie preguntó nada y lo mejor de todo es que Chloé se comportó de forma natural, a mi familia sí les expliqué por encima un poco todo y que ella no padecía demencia que, en cierto modo, tuvo que refugiarse ahí como defensa.

Por la noche se fueron marchando todos, solo quedamos mi abuela con mis hermanos, Chloé, Jules y yo ¿para qué más?

Nos tomamos una copa juntos, hasta mi abuela se bebió un ron para asombro nuestro. La verdad es que estaba mejor de lo que decía, yo la veía estupendamente.

Me daba mucha pena que mi padre se hubiera perdido unos hijos como los que tenía y que mi madre, se hubiera perdido a sus padres, esos que la amaban con todas sus fuerzas y, sobre todo, mi abuelo, ese que se marchó con la pena de no haberse reencontrado con su hija.

Obviamente que si todo eso no hubiera sucedido yo no estaría aquí, pero era triste saber todo lo que se perdieron por esa locura que un día cometieron sin mirar por nadie más que por ellos.

Estuvimos charlando hasta altas horas antes de irnos a dormir.

Al llegar a la habitación, Jules comenzó a deshacerse de mi vestido de novia. Tenía una sonrisa más bonita que las que últimamente me dedicaba y es que, hoy, cerraba uno de los peores capítulos de su vida, ese que lo había matado y llevado por la calle de la locura y es que, no era fácil digerir que alguien sin corazón te arrebató de tu familia y encima creó una a partir de esa mentira, una que ni siquiera fue capaz de cuidar y respetar. Era muy doloroso todo.

Después de dejarnos llevar por la pasión en esa noche de bodas, nos quedamos dormidos enseguida ya que estábamos completamente agotados, eso sí... ¡¡¡Ya éramos marido y mujer!!!

Capítulo 16



Capítulo 16



Septiembre 1980

Un mes había pasado desde nuestro enlace, un mes en el que poco a poco fuimos sintiendo que ahora estábamos viviendo lo que era una familia de verdad.

Chloé era joven, estaba con ganas de comerse el mundo, de darse otra oportunidad al corazón, no tenía más que cincuenta y ocho años. Nathan tenía sesenta y dos.

Decidió irse a vivir a uno de los pisos que tenían en el centro de París, quería que nosotros viviéramos nuestro matrimonio solos, pero claro, esa casa se nos quedó grande y Jules decidió que nos fuéramos a un piso nuevo a estrenar que tenía a pie de la Torre Eiffel.

La primera semana tras la boda ayudamos a amueblar el piso de mi suegra que le quedó monísimo, era un ático de lo más coqueto.

Luego comenzamos a amueblar la nuestra hasta que hoy, por fin, la íbamos a estrenar ya que, habíamos ido trayendo nuestras cosas después de que colocaran todos los muebles y hoy habíamos hecho el último porte.

En la casa no quedaba nada ya que mandó sacar lo de su padre y Camille, luego su madre se llevó todo lo suyo y ahora nosotros. Jules no lo dudó y la puso en alquiler, eso daría una renta mensual muy elevada.

Salimos a comprar al supermercado para llenar la nevera y la despensa ya que, no había ni una botella de agua.

Estaba feliz, ahí iba a comenzar de verdad una nueva vida, en nuestro piso, con unas vistas preciosas a la Torre, además de que tenía dos balcones y una terraza bastante amplia en la que cabía una buena mesa con varias sillas.

Durante ese mes Jules había estado haciendo averiguaciones sobre su familia biológica y ya tenía todos los datos de ellos, vivían en las afueras de la ciudad, pero muy cerca. Estaba pensando en ir al día siguiente para encontrarse con ellos. No me quería ni imaginar lo que les entraría por el cuerpo a esos padres que no habían cesado en la busca de respuestas de lo que pasó con su hijo.

A él eso lo ponía bastante nervioso, pero como un gran valiente que era, estaba deseando enfrentarse a ese momento que sabía que a partir ahí habría un punto de inflexión en su vida.

Esa noche lo hicimos estrenando esa confortable y moderna cama, habíamos elegido todos los muebles en blanco, no queríamos el típico color madera u oscuro, queríamos todo bien claro. Aunque ahora se daba paso en las casas a los tonos pasteles, pero eso yo los quería en la decoración, tonos rosas, verdes aguas, crema y celeste, quedaba la mezcla muy bonita.

Por la mañana nos fuimos hacia Giverny, que es donde vivía su familia biológica. Justamente este año esa ciudad estaba viviendo un boom turístico.

Fue emocionante cuando paró el coche frente a la dirección que tenía en la documentación que había conseguido y había una mujer de la edad de mi suegra sentada en la puerta pensativa, ahí parada mientras veía a la gente pasar.

—Perdone, ¿es usted Marian? —le preguntó Jules.

—Sí —levantó su cara sonriendo —¿En qué puedo ayudarles? —su rostro se vio tembloroso y no dejaba de mirarlo como mi abuela me miró a mí el día que me presentó.

—Soy tu hijo, el que hace treinta dos años te robaron diciendo que había muerto. Aquí tengo las pruebas —le dio un sobre que ella obvió coger y se tiró a sus brazos llorando.

—Eres igual que tu padre, hijo —decía llorando y sin soltarlo.

En ese momento salió un señor que sin lugar a duda era su padre, eran dos gotas de agua, me puso la piel de gallina.

—Kurt, es nuestro hijo.... —murmuró ante el asombro de ese hombre mirando a Jules y reconociendo su gran parecido.

Si esa mujer lloró, ese padre no lo hizo menos, fue un momento de lo más intenso, de lo más bonito. Era una familia humilde, educada y tenían una mirada de lo más noble. Se veían buenísimas personas.

Pasamos y Jules los puso al día de cómo había averiguado todo y, además, tenía las pruebas de que era su hijo ya que, sus padres dejaron en un banco de coincidencia su ADN por si alguien se presentaba y coincidió plenamente el resultado, además, que solo con ver al padre y al hijo, no hacía falta más confirmación que esa.

Comimos con ellos en su casa, su madre guisó un pollo con patatas que estaba delicioso.

Dijeron que estarían encantados de conocer a Chloé, le querían agradecer en persona que contase la verdad, esa que había hecho posible este reencuentro y que, ante todo entendían que esa era su madre, la que lo cuidó y protegió sin saber la cruel realidad que había detrás.

—Vosotros también sois mis padres y estamos a tiempo de recuperar ese tiempo perdido.

Fue un día lleno de emociones, de sentimientos, descubrimientos y conocimientos de la historia de su familia.

Había tenido una hermana que era mayor que él por dos años y que murió de una enfermedad que se la llevó en poco tiempo. Esos padres habían sufrido tanto en la vida que se les notaba en el cansancio en sus ojos.

Por la noche nos despedimos quedando en volvernos a ver pronto y mantener el contacto asiduamente. Prometieron venir en estos días a pasar el día en París y así comer también con Chloé.

Se pusieron muy contentos con nuestra unión y el paso que habíamos dado precipitando todo para poder cerrar Jules ese capítulo de su vida. Me lo agradecieron de forma incesante.

Regresamos felices por ese encuentro tan bonito que habían vivido, sobre todo Jules que conducía con una sonrisa de oreja a oreja.

Por fin ya ponía cara y hechos a su historia, esa que un día un ser como Nathan decidió que cambiaría su rumbo sin derecho alguno.

Al día siguiente fuimos a casa de mi suegra a comer y su hijo durante la comida le contó todo lo sucedido el día anterior con sus padres biológicos.

Se emocionó mucho, se le caían las lágrimas, pero de felicidad, para ella también había sido un alivio ya que, en ningún momento quiso ser madre a costa de que otra, injustamente, perdiera un hijo.

A los pocos días se celebró ese encuentro en París, sus padres, su madre y nosotros dos. La verdad es que todos pusieron el cariño sobre la mesa y ahí no había ningún mal gesto, ni mucho menos un reproche, todo lo contrario, agradecimiento por todas las partes. Jules bromeaba constantemente para conseguir que todo comenzara a fluir con la mayor normalidad y, para eso, él era el rey, sabía perfectamente como controlar las situaciones.

Unos días después fuimos los tres a Giverny a devolver la visita.

Todo comenzaba a encajar a la perfección y nuestras vidas comenzaban a rodar por fin, sin secretos ni líos familiares.

Era hora de mirar todos hacia adelante, incluidos mis familiares de Nantes.

Comencé la universidad en octubre y, para mi sorpresa, me adapté desde el primer día, además, Jules me había puesto una mesa de estudio en el salón para que estuviera ahí mejor, con la terraza delante, para tener unas vistas que no me hicieran sentir que estaba encerrada en una habitación mirando únicamente los apuntes que debía aprenderme.

Jules no dejaba de sorprenderme cada día, ya fuese con un gesto, unas palabras, unos detalles, era ese hombre que todas las mujeres deberían de tener en sus vidas, alguien por quién merecía la pena perder cada minuto de mi vida.

Era feliz sin lugar a duda, a pesar de todo lo ocurrido, de lo perdido, pero era feliz. Junto a Jules había conseguido tener una vida muy equilibrada.

Capítulo 17



Capítulo 17



Diciembre 1980 – junio 1981

Hoy era un día muy frío, estábamos en la casa que Jules había alquilado para pasar a fiestas navideñas a veinte kilómetros de París.

Ahí nos íbamos a reunir tanto con su familia como con la mía y, no solo eso, la madre de mis hermanos venía acompañada por el hombre con el que rehízo su vida, con el que convivía desde hacía años y que era policía, Matt.

Chloé estaba feliz allí con los padres de Jules, con los que se llevaba genial y, además, con todos los míos, la verdad que todos congeniamos muy bien y estábamos dispuestos a pasar unos días bonitos, de esos que te sacan sonrisas y guardas en el corazón y es que, eran nuestras primeras fiestas con todas esas personas.

La casa era gigante, con un salón que tenía cien metros cuadrados, impresionante, por eso la escogió mi marido para que pudiéramos estar allí cómodamente, además tenía siete habitaciones.

Junto a Chloé, la madre de mis hermanos y mi abuela nos metimos en la cocina para preparar la comida, la verdad es que todos habíamos venido cargados con víveres para esos días.

Nos reímos mucho mientras cada una preparaba una especialidad y nos tomábamos un vinito, sobre todo Chloé que iba tomando uno tras otro haciendo un *chinchín* por cada uno de los que estábamos allí.

Había acabado la primera parte del último curso con unas notas excelentes, las mejores de mi promoción, pero, aun así, quedaba mucho curso por delante y, a la vuelta, me tenía que poner las pilas, sobre todo sabiendo lo que se me venía encima y que comunicamos a todos cuando estábamos sentados, eso sí, lo hizo Jules a su forma.

—Una cosita sin importancia y que no quiero que se me pase por alto —murmuró Jules en la mesa levantándose y mirando a todos. Me eché a reír viendo la forma en que lo iba a soltar. Todos lo miraban esperando a que hablase —Que resulta que mi dulce mujer, que en nada será enfermera, se comió un garbanzo y por lo visto irá creciendo durante nueve meses hasta soltarlo para dar paso a un nuevo miembro de familia.

—¿¿¿Estás embarazada, hija??? —preguntó mi abuela causándonos una risa a todos.

—Eso dice el ginecólogo.

—¿Y no me habéis dicho nada? —preguntó Chloé emocionada y boquiabierta ante tal noticia.

—Queríamos que lo supierais todos a la vez —dijo Jules haciéndole un guiño y sacándole una gran sonrisa.

Todos se pusieron muy contentos y, durante esos días en los que no solo compartimos regalos sino sumamos muchísimos instantes que guardaríamos en nuestro corazón, nos dimos cuenta de que con este encuentro habíamos forjado unos lazos entre todos que iban a ser difíciles de destruir.

A partir de ese momento me centré en los estudios a la vez que fuimos preparando todo lo necesario para recibir a nuestro primer bebé, ese al que estábamos deseando verle la carita.

Además, tanto mi abuela, como la madre de mis hermanos, mi suegra y la madre biológica de Jules, nos hicieron ropita para el bebé, a cuál más bonita, no dejaron de agasajarnos con un montón de regalitos para esa personita que estaba por nacer y que, se veía, se iba a convertir en el centro de atención de todos.

De vez en cuando venían a vernos o íbamos nosotros, pero siempre estábamos en continua comunicación.

La vida comenzaba a ir sobre ruedas, mientras mi barriga iba creciendo de manera vertiginosa, hasta en la universidad todos estaban contentos con ese embarazo que crecía ante los ojos de todos.

Y llegó el momento de mi graduación, era junio y yo estaba gordísima, la barriga estaba que me llegaba a la acera de enfrente, pero estaba feliz,

emocionada, ya por fin había conseguido mi título, ese que tanta ilusión me hacía y del que hoy me graduaba ante los ojos de todos los que estuvieron en Navidad y que ahora habían venido para no perderse este momento.

Después de esa ceremonia que fue de lo más emotiva, nos fuimos a cenar a un restaurante que le encantaba a Jules y que, previsor como era, había reservado con antelación para poder celebrarlo todos juntos como la ocasión merecía.

Mi abuela se iba a quedar unos días en mi casa, los padres de Jules regresaron esa misma noche ya que vivían cerca y mis hermanos con sus padres se alojaron en un hotel que pagó mi marido, como no podía ser de otra manera, vamos que no dio otra alternativa.

Les ofrecimos quedarse en el piso ya que había dos habitaciones más, pero no hubo forma, así que pasaron unos días en un hotel aprovechando la visita a la ciudad para hacer un poco de turismo.

Mi abuela estaba encantada con mi terraza que daba a la Torre y se tomaba los cafelitos mirando hacia ella.

Me la llevaba a pasear junto a mis hermanos y sus padres para que también conociera París y, la verdad, es que se lo pasaba bomba, aunque decía constantemente que esa terraza era la joya de la ciudad y que no la cambiaba por nada.

Fueron días muy bonitos además de que el clima era perfecto ya que entró el verano y con él esos días soleados que invitaban a disfrutar mejor

que nunca de la ciudad.

Una mañana nos despertamos con la noticia de que la prima de mi abuela había fallecido, ya la habían enterrado y todo. Lo mal que lo pasó esa mujer esos días me desgarró el alma y es que, los últimos años de su vida habían estado más unidas que nunca, siendo la una para la otra la mejor de las compañías.

La convencimos para que se quedara una temporada en París, realmente queríamos que se quedase con nosotros para siempre, pero sabíamos que había que ir con tacto y poco a poco, por lo que accedió a esa primera invitación de unos meses, podría estar en el nacimiento de su biznieta y me ayudaría en esos primeros días junto a Chloé y los padres de Jules que vendrían a cada momento, no nos cabía la menor duda.

Mi abuela comenzó a salir mucho con Chloé y yo me unía a ellas cuando podía, pero es que ellas, pese a esa diferencia de edad habían congeniado muy bien y se pasaban horas y horas charlando. Eran tal para cual, daba alegría verlas así de unidas.

A veces las miraba y pensaba que mi abuela la miraba como a esa hija que no pudo disfrutar y Chloé a ella como la madre que perdió hacía tiempo.

Jules se desvivía en atenciones hacia mí, la verdad es que cada día me sorprendía más y eso que pensaba que ya era imposible pero no, siempre tenía un as bajo su manga que sacaba cuando menos lo esperaba.

Estaba loco de la emoción con la inminente llegada de nuestro bebé, ese que no sabíamos el sexo pero que nos daba igual, solo deseábamos que viniera sano y salvo, con eso, ya nos dábamos con un canto en los dientes.

Según el médico salía de cuentas en julio ya que en diciembre estaba de dos meses.

Preparamos la bolsa con las cosas que íbamos a necesitar cuando llegara el momento de ir al hospital. Todo era emocionante y nos causaba felicidad, a pesar de que yo estaba en un estado que ya no me podía ni mover, solo deseaba que naciese mi bebé y poderlo tenerlo en mis brazos.

Mi abuela y Chloé estaban todo el día encima de mí, no me dejaban ni a sol ni sombra y me traían pasteles y cositas para mimarme, eso sí, les decía que si mi bebé nacía con sobredosis de azúcar sería por la culpa de ellas, pero les daba igual, lo seguían haciendo y felices de la vida, eran tal para cual.

No me podía creer lo perfecta que era mi vida en este momento, todas las piezas del puzzle estaban en su sitio y se había creado un ambiente de normalidad que nos hacía mucho bien en nuestras vidas.

Además, Jules estaba en un proyecto de rehabilitación de una finca, estaba encantado con el negocio que iba a hacer con esa casa del siglo XVII, madre mía como me puso la cabeza con eso, cada día venía como loco de la emoción de cómo estaba quedando para su posterior venta en la que se matarían muchas personalidades de la clase alta para adquirirla y hacerse con ella.

Mi marido tenía mucha mano para los negocios y se movía como pez en el agua con ellos...

Capítulo 18



Capítulo 18



Julio – diciembre 1981

Me sentía tan mal que pensaba que no iba a llegar al hospital, ni siquiera tenía fuerzas para despertar a Jules, pero le comencé a dar con el codo y se percató de que había llegado el momento.

Y tanto que había llegado, como que había roto aguas y comenzaron unos dolores cada vez más fuertes y frecuentes.

Fuimos al hospital en un taxi, no se arriesgó ni a conducir para poder estar pendiente de mí. Nada más llegar al hospital me pasaron a una habitación para ponerme las correas, pero estaba tan dilatada que me tuvieron que llevar directamente al paritorio.

Por más que empujaba el bebé no salía y yo me estaba quedando sin fuerzas hasta que por fin asomó su cabeza y, en otro empujón le sacaron el cuerpo y rompió a llorar. Era una niña. Una preciosa bebé que me pusieron en el pecho y que su padre miraba entre lágrimas de emoción viendo como yo la abrazaba llorando.

—Tú tranquila que de esta no me separo, a esta no nos la quitan —
bromeó sacándome una carcajada a mí y a la matrona que estaba
limpiándome ya que no había necesitado ni puntos.

—No, hijo, aquí esas cosas no las permitimos, pero ha habido muchos
casos en el país entre los años cincuenta y setenta.

—Que me lo digan a mí que fui uno de esos casos.

—¿Fuiste un niño robado?

—Y vendido, en fin, una locura que no permitiría que pasase con mi hija.

—Normal, es de lo más entendible.

Había nacido a las cuatro de la madrugada y por la mañana aparecieron
los padres de Jules y su madre, así los nombraba, todo un cacao, pero
realmente tenía unos padres y una madre, así sin más. Mi abuela había
venido con nosotros al hospital y no se separó de nuestro lado.

Decidimos ponerle Emma como yo y es que, Jules decía que luego
tendríamos un bebé y le pondríamos como él, así que no quería quitarle la
ilusión de que su hija se llamase como yo, además me parecía muy bonito
que hubiera decidido algo así.

A los tres días cuando llevaba uno en casa, vinieron mis hermanos a
visitarme con su madre y pareja, la verdad es que me dieron una grata

sorpresa. Se quedaron tres días en la ciudad que los pasaron con nosotros, sin moverse de nuestro lado.

Emma era muy llorona, no había noche en que no se despertara un par de veces de forma desconsolada para que se le diera el biberón, era muy glotona y parecía más mayor del tiempo que tenía de lo redondita que estaba de tanto comer, pero es que era la única manera de callarla, enchufándole un biberón.

Me dio un verano que para mí se queda, había veces que me estresé tanto que la tuve que dejar con mi abuela, con Jules o con Chloé para poderme ir a dar una vuelta a coger aire porque me llevaba al límite estar todo el día escuchando ese llanto y es que, ni gases ni nada, nadie acertaba con lo que le pasaba, lo único evidente era que se calmaba dándole de comer.

Jules tenía mucha paciencia y se quedaba con ella muchos ratos para que yo me relajara, pero de verdad, es que no exagero, esa niña lloró a gritos durante tres meses, llegó octubre y seguía igual tres meses después.

Comencé de nuevo la universidad con el apoyo de todos para sacarme la carrera de medicina, la verdad es que también lo necesitaba para evadirme un poco y es que, no es que quisiera desentenderme de mi hija, pero es que me lo estaba poniendo muy difícil en el día a día.

En noviembre la cosa cambió y la pequeña dejó de pedir tanta comida y de llorar, parecía un milagro del cielo. Jules con las bromas decía que iba a llevarla a la iglesia para agradecerle a la virgen el cambio de la niña.

Y llegaron las fiestas Navideñas, esas en las que Jules volvió a reunir a toda la familia en la misma casa en la que nos reunimos el año anterior, no faltó nadie, es más, hubo la nueva incorporación de nuestra hija, esa que hizo que esos días fueran de lo más animados y bonitos.

Mis hermanos estaban locos con la pequeña que no dejaba de ir de mano en mano, por no decir con las tres abuelas y el abuelo que se la sorteaban constantemente. Ahí los que estábamos en la gloria éramos su padre y yo, que estábamos disfrutando de esos días en los que no teníamos que atenderla en todo momento. No es que nos molestara nuestra hija, pero tampoco nos venía mal un poco de descanso y tomar unas copas de vino.

Además, había terminado la primera parte de este curso de nuevo con unas notas maravillosas, inclusive uno de los catedráticos de la universidad me dio las felicitaciones personalmente por mi brillante expediente en lo que llevaba de curso. Eso para mí fue un chute increíble, era como si me hubieran cargado las pilas mucho más de lo que las tenía.

La vida era asombrosa, realmente increíble. Iba colocando todo en su sitio y lo mejor de todo, es que lo que un día fueron miedos, ahora era una tremenda felicidad.

Mi abuela se había quedado en París con nosotros y no tenía intención de volver a Nantes, además lo decía con toda la gracia del mundo.

Hablamos durante esos días de que en verano nos reuniríamos dos semanas en alguna casa así para disfrutar de otras vacaciones en familia, así éramos todos, parte de la familia sin excepciones, inclusive la madre de mis

hermanos y su pareja, se habían convertido en imprescindibles para nosotros.

El sol salía cada día para todo el mundo, inclusive cuando piensas que todo va del mal en peor, de repente te encuentras con que te levantas una mañana y todo comienza a resplandecer con más fuerza. Eso me pasó a mí desde que conocí a Jules, desde entonces, cada día, el sol brillaba con muchísima intensidad.

Epilogo



Epílogo



Diciembre 2010

Habían pasado treinta años desde que conocí a Jules y me casé con él formando la que sería una gran familia y, no, porque reuniéramos a nuestro pasado con nuestro presente, sino porque habíamos tenido cinco maravillosas hijas.

Emma, fue la primera en llegar, tenía veintinueve preciosos años y era modelo, además internacional, se la rifaban las firmas y es que, era preciosa, esa no hubo forma de conseguir que hiciera ninguna carrera.

Luego llegó Elsa, de veintisiete años, que, como yo, había terminado la carrera de medicina y estaba trabajando en el hospital más importante de París. Yo jamás llegué a trabajar ya que me había dedicado a mis hijas, cosa de la que no me arrepentía porque tanto Jules como yo, habíamos disfrutado de todos sus momentos.

También estaba Jade de veinticinco años, ella era un amor, la niña más dulce del mundo, acababa de terminar la carrera de periodista y ya estaba

trabajando, haciendo columnas en un periódico.

Tras Jade, llegó Clara que tenía veintitrés años y que no estudió ninguna carrera porque se llevaba fatal con los estudios, pero estaba trabajando en las oficinas de un abogado importante de la ciudad.

Por último, llegó Carole, que rompió la tradición de llevarse dos años como las anteriores lo hacían, esta llegó por sorpresa unos años después ya que solo tenía trece años y se había convertido en el juguete de la casa, a la que todos cuidábamos.

Todas tenían pareja, menos la pequeña, pero ninguna estaba casada ni vivía con sus respectivos, así que teníamos a las cinco niñas bajo nuestro techo, por lo que en su día tuvimos que trasladarnos a una casa más amplia. Mi abuela se vino a vivir con nosotros y disfrutó de ver nacer a cuatro bisnietas, falleció diez años después de instalarse en París. Ahora teníamos viviendo en casa Chloé, que, para su edad, aún tenía buena salud.

La vida nos había sonreído pese a toda la historia que llevábamos a nuestras espaldas.

A mis hermanos los seguía viendo en Navidad o verano, cuando nos reuníamos todos en las casas que seguía alquilando Jules. Ellos se terminaron casando y teniendo hijos, casualmente los tres tuvieron dos cada uno y todos varones.

Siempre fuimos a cada celebración que hubo en Nantes, tanto de sus respectivas bodas como en el nacimiento de cada uno de sus hijos. Para

nosotros era muy importante mantener a la familia unida y estar en esos momentos como ellos estuvieron en los nuestros.

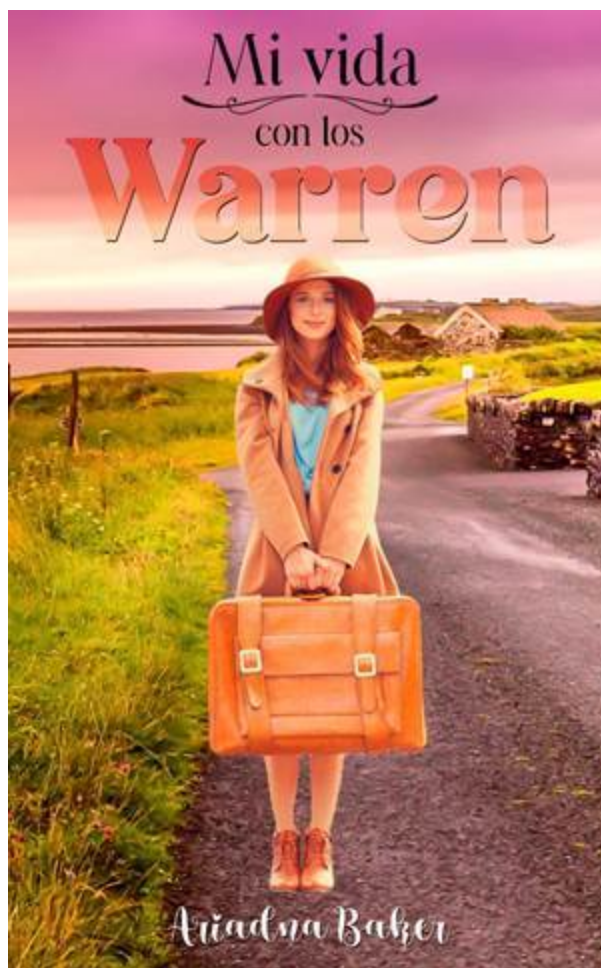
La vida nos sonrió, a pesar de todo, la vida se portó al final bien con nosotros dejando que tuviéramos una familia feliz y unida, eso era lo que nos importaba, mantener a nuestras hijas junto a nosotros y que la unión nunca faltara entre todos. Inclusive lo conseguimos con los demás, eso para nosotros era muy importante.

Y así fue como llegué y me quedé para siempre en la vida de los Dubois...

Si te gustó esta novela, en Irlanda sucedió otra historia con otros personajes y en el mismo año.

¿Quieres descubrirla?

Mi vida con los Warren



RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker

Twitter: @ChicasTribu

